

LA MUJER
Y
LA GUERRA

ROBERTO ANDRADE

LA MUJER Y LA GUERRA

QUITO - ECUADOR

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

1926

ES PROPIEDAD

DEDICATORIA

Quito, Agosto de 1926.

Señora Maximina Olmos de Giménez.

*Presidenta de la Confederación femenina de la paz
americana, fundada en Buenos Aires.*

Señora de mi mayor aprecio:

Tengo a honra dedicar a Ud. esta novela. Me hallaba escribiéndola, cuando leí la carta de Ud. a un diario de esta capital, «El Comercio», relativa a explicar la idea de la Confederación femenina de la Paz americana. Esta idea es la más luminosa de nuestra época: la engrandecerán a Ud. los siglos, si alcanza ella a realizarse. Mi librito trata de ella; pero no como lo merece. Quizá a Ud. no agrade el desempeño, lo que para mí será doloroso. Mi proyecto es divulgar la idea, y por eso compuse novela; pero con más eficacia me ayudará a la propagación el nombre de Ud.

Estoy, señora, a los pies de Ud.

ROBERTO ANDRADE.

LA MUJER Y LA GUERRA

CAPITULO I

AMENAZAS DE GUERRA

— ¿Qué te parece? ¡Guerra otra vez!

— ¿De veras? ¿Qué guerra?

— Ya sabes que con las mujeres no cuentan los hombres, cuando se trata de la inmólación de su sexo, como si ellos fueran perros, o a nosotras no nos importara gran cosa

— Lo hacen quizá, por delicadeza.

— ¿No te parece que por indiferencia, porque en nada les ayudaríamos, ya que la debilidad no es para las obras de esfuerzo y sanguinarias, por uno como menosprecio, en fin?

— Tal vez... Pero ¿cuál es la guerra, por qué sobreviene y cómo lo has sabido?

Hablaban así una hermosísima joven, y otra no menos bella, en una mañana espléndida,

mientras se paseaban por un jardín cubierto de rosas. La primera se llamaba Isolina, y Rosa la segunda. Isolina, alta y gallarda, de ojos incomparables por su elocuencia, siempre persuasiva, de labios siempre sonrientes, de un timbre de voz atractivo y musical, era esposa del Presidente del Estado. El trino de los jilgueros, abundantes en los arbustos floridos del contorno, formaba coro con el acento de Isolina. Rosa era una aurora, no tanto por el color de los cabellos, el sonroseo permanente, el atractivo de la sonrisa y la mirada, como por la esencia de la dulzura de su alma, esa emanación de candor, que daba colorido a sus acciones.

El jardín era parte integrante de una morada espléndida, como son las de los ricos en las capitales hispano-americanas, que ya van aproximándose en belleza a las de Estados Unidos y Europa. Se hallaba a la salida al campo, y dominaba una planicie llena de bosquetes y prados, de montículos y agradables caserías. No era de las opulentas en primores artísticos, la Nación de que hablamos; pero sí en las maravillas de la Naturaleza. La Naturaleza proporciona el mayor descanso al espíritu, convenciéndole de que no hay mejor amiga que ella. Contemplar el firmamento es sentir que se disuelve el alma, y se riega en aquella bóveda sin límites, tocando de astro en astro, inspeccionando el movimiento de los planetas inferiores. Uno

que se abisma en el océano ingente, en un horizonte de nubes que deslumbran, en faces determinadas de la esfera terrestre, cuyos gestos aparecen en dilatadas pampas, limitadas por ríos, o rotas por enormes quiebras, y que al fin terminan en cadenas de montes, donde se levantan niveas cumbres, blancas como las neblinas que besan su base o como los retazos que, en forma de cortinas, se descuelgan del cielo a ocultarlas, no puede acordarse de las insipideces y amarguras humanas. Los aficionados a la Naturaleza son los que la ponen a nuestra vista, por medio del arte; y en realidad, los más felices, porque se desentienden del maremágnum de odios, envidias, venganzas del mundo.

Rosita, menos alta que su amiga, tímida pero vehemente, se hallaba asustada, con sólo el anuncio de guerra. Insistió en la pregunta, acariciando el brazo de Isolina.

—La guerra es, hija mia, provocada por esa Nación buscarruidos, que anda rodeándonos, como la zorra al gallinero; el porqué es un pretexto cualquiera, que encubre el proyecto de ostentar valentía y robarnos; y lo sé, por un telegrama que recibió mi marido, ayer en la tarde.

El Presidente, una de esas mediocridades comunes, que arriban al poder, por diligencia de otro, más criminal y osado que ellos, hábil en argucias y enjuages, pues profesaba la abogacía, estaba a órdenes de un malhechor, y apenas po-

día ocultarlo. Isolina se casó, porque era pobre: no conoció la esencia del amor la infelicitada.

—Convendrá naturalmente guardar secreto, dijo Rosa.

—Mi marido lo guarda conmigo; pero yo lo sorprendí casualmente.

El miedo de Rosa no dependía tan sólo de su timidez; estaba de novia de un Oficial bizarro y discreto, buen mozo y valiente. Ella tenía 18 años, y el no pasaba de 25.

—¡Ave María! ¡Qué miedo!, dijo Rosa. ¿Hablaré con Rafael, acerca de esto?

—Es Oficial; pero no lo ha de saber todavía. Entre novios no debe haber secretos.

—¿Qué me dirá? El ejército tiene que salir inmediatamente, por cierto.

—No, hija: la guerra aún no se declara: no hay sino reclamaciones de esos pendencieros. Y de seguro que cada una de ellas, ni todas juntas, equivalen a una vida humana.

—No se les da el gusto de guerrear.

Isolina rió y acarició a su amiga. A esta risa y a esta caricia, contestó Rosa:

—Si alguno viene a pelear conmigo, yo le muestro semblante afable, le sonrío con dulzura; y si persiste, acudo a una persona robusta, para que intervenga como amiga.

—Entre Naciones no puede observarse esa conducta, linda: dirían que es cobardía.

—Más cobardía hay en causar la muerte de tanto inocente.

—Hay que defender a la patria.

—No sé... Pero yo creo que a la patria se la puede defender de mil maneras, y no causando el sacrificio de la vida de sus hijos.

—¿Pero cómo, pues? Los enemigos también vienen a sacrificar sus vidas, por defender a su patria.

—Los enemigos también obran mal; y es necesario educarlos y apaciguarlos, convencerles de que hay virtud en la paz, abominación en la guerra.

—¡Ay, hija! Esto sería lo mejor... Pero ¿adónde viene a quedar el heroísmo? El heroísmo ha sido elogiado, enaltecido, divinizado desde el principio del mundo, por todos los escritores y poetas, por todas las religiones, positivas y no positivas, hasta por la cristiana, católica, romana, pues todos los cristianos creemos en la Biblia, y aplaudimos los exterminios llevados adelante por los hijos de Israel. ¿Cómo enseñamos lo contrario de lo que nos han enseñado los santos y los sabios, en un sinnúmero de siglos?

—Si yo no fuera una ignorantuela, diría que esos sabios y esos santos erraron. Heroísmo puede haber en luchar con el terremoto, con el incendio, con las olas del mar, con las fieras en el bosque; pero no en derramar la sangre de

otros hombres, cuando es tan fácil evitar esta acción, sacrificando cualquiera otra cosa.

—Estás como el Niño Jesús, cuando discutía con los Doctores, aunque yo no sea doctora.

Es fácil en la mujer felizmente, saltar de la tristeza a la alegría, del llanto a la risa; y las dos echaron deliciosas carcajadas, considerándose doctoras.

Aparecieron a alguna distancia, un nene y una muchacha negra bien emperegilada, con claveles rojos en el cabello, un delantal blanco y aplanchado, y medias verdes, que seguía al niño hermoso, cuya risa fue incesante, desde que reparó en Isolina, su madre. Rosita le envió saludos graciosos, corrió y lo tomó en brazos. Inmediatamente se oyó el ruido de automóviles y tropel de caballos: llegaba el Presidente, con edecanes y palaciegos, entre los cuales se hallaban Juan Simón Escobar, hermano de Isolina, y el Mayor Rafael Maldonado, novio de Rosita. El Presidente y su séquito entraron a los salones, y Escobar y Maldonado acudieron al jardín, apenas divisaron en él a las damas. Ellas les informaron de la posibilidad de la guerra, lo que regocijó a Maldonado.

— ¡Espléndido! dijo, dando saltos y palmo-teos. Lo que quiere el pez es que lo boten al agua

—¿Sí?, dijo Rosita, tragándose las lágrimas.

—¿Para qué nacimos, niña, sino para morir peleando?

—¿Así cree Ud.? ¿Y eso le parece bello?

—Bellísimo, Rosita, porque tal es el cometido del soldado.

No pudo soportar la impresión, Rosita, en presencia de otros: se volvió rápidamente, y corrió algún trecho, hasta detenerse, con el pretexto de buscar una flor. Isolina la siguió, porque adivinó su resentimiento; y las dos se alejaron, paso entre paso, el brazo de la una sobre el hombro de la otra. Juan Simón, hombre experimentado, serio, reflexivo, muy cortés, de inteligencia ilustrada y superior, de corazón noble, retraído y taciturno, trabajaba en una oficina común, porque era pobre. Las relaciones sociales le hostigaban, a causa de la escasez de gente incorruptible. En nuestras poblaciones, tan abundantes de vecinos ordinarios, el hombre de mérito tiene que caer en la misantropía, y luego en la animadversión de gran parte. En la imposibilidad de componer el mundo, entrando en él, Juan Simón tenía la costumbre de depositar sus consideraciones y advertencias, en su gaveta y por escrito, no para darlas a la estampa, porque nada admitían en los diarios, pues a él no le era posible retribución con dinero, mas aún porque le envenenaba conservar en el cerebro, ideas que podían favorecer a los otros. Los diarios no publica-

ban sino lo que era pagado, fuese o no de importancia, nunca lo que censuraba el desbarajuste del Gobierno y la perdición de las costumbres. Diarios propiamente no se hallaban en toda la República, sino en número escaso: abundaban hojas de alquiler, como coches y automóviles. El director de periódicos debe saber escribir para la estampa, ser ilustrado e instruído y conocer las necesidades de su patria. Un hombre inculto, que las echa de diarista, perjudica a la sociedad humana, porque la priva de lecturas, que él no puede conocer, sino tiene buen criterio. En todas las naciones, los periodistas dan dinero por la adquisición de un buen escrito, de esos que acreditan un diario, y el dinero lo vuelve el pueblo, con la compra del diario acreditado. El que verdaderamente trabaja en un diario, es el escritor. El propietario de una imprenta, todos los que trabajan en ella como obreros, deben ganar quizá la mayor parte; ¿pero porqué un buen escritor ha de tener que pagar, como lo hacía Juan Simón Escobar, para que sean impresos sus escritos? Los libros, los opúsculos, ya vienen a ser asunto diferente. La ley debe imponer examen a quien pretenda llegar a periodista, y en el examen debe entrar el cumplimiento estricto del deber, no el acanallamiento a que arrastra el ansia de dinero.

Antes de separarse, ambos amigos fueron en pos de las damas; pero sólo Juan Simón halló a su hermana: Rosa había desaparecido. Juan Simón consiguió que Isolina allegase cuantos datos pudiera, acerca de la guerra, pues estaba seguro de que su cuñado no querría revelarlos. Antes de separarse, hab'aron largo rato en secreto, en lo relativo a éste y otros encargos.

Estos dos hermanos perdieron, siendo muy niños, a sus padres; pero no tanto que no alcanzaran a comprender lo que sólo la madre enseña, cuando es buena: el camino de la felicidad, por medio de la moral, el cumplimiento del deber. Aprendieron la religión de la humanidad, el servicio al semejante, que es el verdadero servicio al Creador. No sabían lo que era egoísmo, ni menos envidia, dos desvíos tenebrosos, que conducen al género humano a anonadarse. Rosita Gortaire y Rafael Maldonado se conocieron y amaron debajo de la sombra de aquellos dos frondosos arbustos. Amigos, ella de Isolina, él de Juan Simón, siguieron su camino: el de la sencillez, la dignidad, la decencia, en general, las buenas costumbres. Rosa vivía con su madre, y ella había autorizado el noviazgo. Maldonado pasó de la Universidad a la milicia.

CAPITULO II

UNA DE LAS NACIONES BELIGERANTES

El Estado había caído en una condición de las más humillantes, a influencia de un Presidente extraño a tal predicamento. Había nacido en otra Nación, y sin embargo se fingió nacido en aquella de que hablamos, porque de lo contrario, según la constitución, no podía alcanzar la Presidencia; y ascendió, a solicitudes de hombres engañados, poco conocedores de las encrucijadas, de los artificios de la que, en pueblos inexpertos, lleva el nombre de política. Apenas subió, desechó a sus electores principales, y se consagró a una obra diametralmente opuesta a la política, a la honra, a la hombría de bien, al comportamiento de verdadero magistrado. No fue un tirano, porque no sabía en lo que la tiranía consiste: poco le importaba la buena o mala fama: no buscaba sino el dinero, aunque fuese en albañales. Tampoco fue déspota, porque su educación era plebeya, y no

podía aparecer imperioso. Era un pícaro sa-
gaz, un malhechor inverecundo, cuyo alojamiento debió ser la penitenciaría. La clase humilde e ignorante es, en dicha Nación, la más numerosa, y en ella pudo hallar compinches, la cayuelos *con un cuero en la cabeza* (1) y botas recias en los pies. Clase acomodaticia es la ignorante, y de acomodaticia pasa a criminal. En dicha clase halló cómplices, que le ayudaron al saqueo del Estado. Presidentes, Ministros, Generales, Plenipotenciarios, Legisladores, todos fueron formados, en el curso de trece años, por ese brujo habilísimo, y del barro con que los alfareros hacen trastos de cocina. Sólo dos Provincias heroicas tuvieron la resolución de derramar su sangre, aunque sin fruto. Quedó la República en ruina: cada habitante era un mendigo, fuera de los palaciegos y sayones; cada hombre honrado, un leproso, pues todos los vecinos huían de él; cada inteligente y sabio, un despreciable, pues todos le perseguían y ultrajaban. El mérito no consistía sino en la desvergüenza, en adquirir todo el dinero posible, cualquiera que fuese el medio empleado, para llenar la bolsa del capitán y la propia. Descansó en los años en que fueron Presidentes sus

(1) Frase con que Montalvo designaba al soldado ecuatoriano.

afiladas herramientas, y residió siempre en el campo, custodiado sí por sayones, en cortijos que él adquiría, cuando le venía antojo, prófugo de las poblaciones siempre, como oso que teme un balazo. Ese hombre era, como dijo Hipólito Taine, hablando de cierto gladiador, "un montón de carne, que da idea de un toro para el matadero". Le había crecido la barriga de un modo exorbitante; la mirada, como de ojos de vidrio, espeluznaba; el cabello, lacio, cerdoso, le caía sobre la frente, a manera de crines grasientas; la cara era acaponada, y tenía color de muerto; la voz innoble, como la de los muchachos consagrados en la Capilla Sixtina; pescuezo y cachetes le temblaban como ubres llenas. Era befo, boquiabierto y de dentadura que tarasca, como el puerco y las alimañas feroces de las selvas. Se hallaba en el poder el tercero de sus pinches, cuando acaecieron los acontecimientos que estamos narrando.

Existía entre las dos Naciones colindantes, un asunto de disputa muy antiguo relativo a delineación de fronteras, desfigurado por los Gobiernos de una y otra, con arreglo a sus conveniencias del momento. De repente sobrevinía un *lapsus linguae*, y se enardecía la discordia. Entre un Presidente taimado y otro ebrio, no era difícil ocurriesen serios desagradados. En la nación buscarruidos, según el modo de de-

cir de Isolina, el ánimo del Gobierno estaba ardiendo, y ya lo sabía el otro Estado.

El Presidente, esposo de Isolina, se presentó en los salones del palacio, con gran prosopopeya, con la cabeza echada hacia atrás, para aparentar preeminencia, y en medio de un séquito de militares y empleados civiles. Todos sabían que él no era Presidente, sino el oso de que ya hemos hablado, el que le había alzado a tal puesto, para que le custodiara todo lo robado, y reían con los ojos y se miraban uno a otro. Tomó asiento el Presidente en el sillón augusto; y con la mano hizo una señal elegante, para que todos los demás se sentaran. Un muchacho tiró en la mesa varios telegramas, los que fueron leídos por el magistrado en silencio. Luego charló, largo rato, acerca de las intimidades de varias familias, y despidió a la concurrencia, excepto a los Ministros.

—Nuestros enemigos insisten en la guerra, dijo, y nosotros tenemos que aceptarla, a menos que queramos dejarnos conquistar. Se les ha dicho que no lo consentirán los Estados Unidos, pues ellos, como poderosos, protegen a la América española, en cuyas guerras no siempre hallan justicia, y dichos enemigos se ríen y nos tratan de cobardes. Saben que no tenemos dinero, y ésto les envalentona. La causa inmediata del *casus belli*, son las palabras francas dichas por mí a su plenipotenciario, y de las

que Uds. fueron testigos; o mejor dicho, es el conocimiento de que nos comemos de miseria, con motivo de la guerra de Europa.

—Me tomaré la libertad de preguntarle, aunque le interrumpa, dijo el Ministro de Relaciones Exteriores: ¿qué parte tuvo la guerra europea en nuestra miseria?

—Uds. son de mi confianza, y yo les hablo con reserva. El expresidente Gral. Panza, hombre muy vivo, atribuyó a la llamada *moratoria*, en que se hallaban los bancos europeos, la necesidad de decretarla para los bancos de aquí. Estos bancos cambiaron en billetes todo el numerario de esta República, y atenidos a la moratoria, (que consiste en la facultad concedida a los bancos, de no cambiar en dinero sus billetes), se quedaron con el dinero y dejaron los billetes en el público.

—De manera que el público tiene que contentarse con la posesión de trapos, dijo uno de los circunstantes.

—Con papeles viejos e inmundos. ¿Y hasta cuándo?

—¿Qué remedio?

—Ahora proseguiré con mi información, dijo el Presidente. Ya están moviéndose tropas de la capital enemiga a la frontera, y se están preparando flotillas, para venir a bloquear nuestros puertos. Necesito oír la opinión de cada uno de los Señores Ministros.

—La mía es, Señor Presidente, aglomerar el ejército en la Línea, y dejarlo ahí, hasta que el enemigo rompa los fuegos: entonces nosotros acudiremos con petrechos e irán las tropas de reserva, dijo el Ministro del Interior.

—La mía es poner el ejército en pie de guerra, elevándolo hasta 50 000 soldados, por lo menos, dijo el Ministro de Guerra. En cuanto a la Escuadra, tenemos dos pontones muy buenos, aunque un poco destruidos; y sólo se necesitan dos vaporcitos, para llevarlos a remolque.

—Sí, dijo el Presidente, y cada uno de ellos puede llevar muchos cañones, que no los hay, pero que ya vendrán. ¿Los pediremos de grueso calibre?

—Medianos, medianos, medianos, expuso el Ministro de Guerra.

—Para todo, es necesario saber primero con qué dinero se cuenta, dijo el Ministro de Hacienda. Yo informaré al Congreso, con la mayor exactitud, a fin de que no vaya a proceder de lijero y nos quite las facilidades que nos son indispensables.

—Lo principal es hallar quién dirija el ejército, dijo el Presidente. Hay cosa de ocho Generales, contando con el Gral. Panza, y algunos inválidos, los que, por lo mismo, han pasado a ser particulares.

Rieron un buen rato.

—De uno de ellos dice el pueblo, que es muy parecido a la pobreza.

—¿En qué?

—En que es mal General.

Rieron de buena gana Presidente y Ministros.

—¿Y a cuál elegimos, por fin?

Todos se miraron unos a otros, y algunos con sonrisa.

—A menos, dijo el Presidente, que uno de nosotros acepte el grado de General.

El Ministro de Guerra, quien no era militar; pero sí un señor muy panzudo, se irguió y dijo:

—Yo dirigiré el ejército, si Uds. no se oponen.

—¡Está bien!, exclamaron todos. ¡Manos a la obra!

—Y la reunión se disolvió. Sólo quedaron el Presidente y el Ministro de Hacienda, quien tomó un asiento inmediato al de aquél, después de mirar con cuidado, al través de la mampara, que da a la secretaría, y entornarla.

—Y bien, dijo el Presidente, inclinándose al oído del segundo: lo que conviene es ver si nos queda algo a nosotros, Señor Ministro.

—Sí hay, Señor Presidente... ¿Cuánto necesitaría Ud.?

—Lo que me sirva para pasar la vida, con holgura Ud. ve que esta Presidencia no ha de durar mucho.

Lijera pausa.

—Vacilo en contestarle... Tres años faltan para el término de la Presidencia de Ud.; y Ud. no vivirá mucho tiempo, según lo demuestra su salud.

Colérico el Presidente, contestó:

—¿De manera que Ud. me reserva una piltra fa? ¡Hoy lo destituyo a Ud! ¿Cree Ud. que yo no soy enérgico?

—Pero vamos a cuentas con calma, Señor Presidente. No hay para qué molestar. Eso de destituírme, poco importa, y puede Ud. hacerlo, cuando guste.

—Ud. sabe que hay que pagar una gruesa cantidad a aquel amigo mío, quien, desde hace tiempo, me ha dado dinero para mis necesidades personales.

—Se le pagará, Señor.

—Ud. sabe que se debe otra gran suma, por una remesa de licores finos, pedidos a Europa, para consumo del Gobierno, y ellos tienen que ir a mi casa.

—Vayan o no a su casa, Señor, eso es de cuenta del Gobierno, y no hay para qué sacarlo a colación.

—Mi casa la vendo al Gobierno, y vale \$ 500.000.

—No es muy barata; pero está bien.

—Ud. sabe que el Presidente Panza era insigne jugador, y todo cuanto adquiría, lo gasta.

ba en esta sublime profesión. Tenía de compañero a un chileno a quien llamaba el roto Carnera, con quien consultaba los asuntos más serios del Gobierno, como el escogimiento de jugadores, para ganarles con más facilidad. Como no hallaba muchos ricos que jugasen, pues el mayor número de ellos adolece de avaricia, en esta culta capital, dio con rapidez en el clavo, por consejo de Carnera: tenía amigos pobres, conocidos por él desde la infancia, y les dio empleos, con la condición de que jugasen con él, cuando él quisiera. El Coronel Edificios fue uno de estos: le dio un empleo muy productivo, en el que administraba capitales; y Panza y Carnera le ganaron, a la mala, una cantidad considerable, por la cual Edificios tuvo que ir al Panóptico. El generoso Panza le puso en libertad, con su garantía y la de otros caballeros inmejorables y perínclitos, como un Bellaco Polaco. Así acumulaba dinero ese inteligente hombre de Estado. ¿Que mucho que yo me lo gane legalmente, vendiendo mis cosas, a un precio módico, al Gobierno?

—Sí, Señor Presidente.

—Se han comprado 6 automóviles, en mi nombre, y yo los vendo también al Gobierno, a precio de costo.

—Está bien, Señor. Debo advertir a Ud. que el Gral. Panza habla muy mal de Ud. “Yo dejé subir a ese imbécil, dijo, porque entre mis

dependientes no hallé otro más sumiso, apto para defender mis intereses, y defenderme a mí de las tentativas de mil asesinatos.

—¡Ja, ja, ja! rio el Presidente. ¿Y por eso me insulta?

—Añade que a Ud. no le falta la botella del bolsillo, y que se toma un trago en todos los saguanes.

—¡Si conociera Ud. la adolescencia y juventud de ese bribón! Fueron truhanescas: es mejor no recordarlas... Vivía descalzo, prófugo de casa de sus padres, en las playas del mar; como ordenanza de un General vencido, fue a una Nación remota, donde vivió de mil maneras desastrosas; hallábase de sirviente de una Señora anciana y rica, quien le mandó empeñar un cofre de alhajas, con el cual el criado huyó a otra Nación; en ella, entró de sirviente en un lupanar, lo fue después en un barco, donde birlaba a los pasajeros y limpiaba camarotes... Resultó con barbas, y de ellas hizo un antifaz, que le fue útil, pues alcanzó a ser edecán de un Presidente semejante a él, en lo bellaco. Ya sabe Ud. como llegó a la Presidencia en este pueblo de granujas; ya sabe Ud. como asesinó a un Presidente, bienhechor de la República y de él, después de aprisionarlo y aherrojarlo; ya sabe Ud. como asesinó a otro General, persona de gran mérito, a quien llamó su contendor; ya sabe Ud. como saqueó al Es.

tado, por medio de una ley, llamada *moratoria*, causa del anonadamiento de este pueblo, fango donde todos los renacuajos han medrado, o diré más franca y propiamente, hemos medrado...

—Merece Ud. un voto de aplauso, Señor Presidente. Lo bueno sería repetir lo dicho, en público.

—Yo lo haría, si no me ahorcara a mí mismo. El asesinato de los dos más grandes hombres de la patria, fue atroz; y sin otro objeto que el de facilitar los peculados, de colocar de jefe de la pandilla al malhechor extranjero, y a esa legión que cooperó a sus atentados. Entre los destructores y corruptores de pueblos en América, yo no hallo uno más inverecundo, más abominable, más infame. Los crímenes frecuentes que, en estos días tienen aterrada a la Nación, los robos y asesinatos diarios, especialmente entre labriegos, campesinos, gente antes moral, deben atribuirse a aquel malvado, porque saucó todos los hogares, redujo a la inopia a todo habitante. Y admire Ud. la bajeza de todos los que se lamentan de estos hechos: los atribuyen a los bancos, y ni mención hacen del principal culpado, porque sus satélites están todavía en el poder.

—¿Como Ud., por ejemplo?

—Ud. ve que yo fui, pero no soy ni amigo de ese ingrato.

CAPITULO III

PRINCIPIOS DE UNA CONSPIRACIÓN

Al día siguiente al del compromiso entre los dos hermanos, Isolina y Juan Simón, la primera mandó llamar al segundo.

—La guerra es inminente, le dijo: no ceden los bullangueros, y mi marido está furioso. Va a convocar Congreso extraordinario, para someterle el proyecto de guerra, sin tardanza.

—Ya he oído algo en el público.

—Mi marido ha ordenado la organización de nuevas tropas, y todas las Provincias deben estar ya conmovidas

—¿Es telegrama del Plenipotenciario en la Nación enemiga?

—Sí; pero él no da ningún consejo: no hace sino informar acerca del numeroso y aguerrido ejército, y de los preparativos de toda la Nación, insultos de la prensa y otros adefecios.

—Es conveniente realices prontito lo que te dije el otro día. ¿Te acuerdas?

—No seas mudo. ¿Cómo no me he de acordar?... Ya eso está... El domingo, a las cuatro de la tarde, estarán aquí todas mis amigas. Lo malo es que Rosita está enferma.

Apareció el Mayor Maldonado, en traje militar, y saludó con gravedad a los hermanos.

—¿Qué hay de nuevo, Señora?

—Nada, Mayor. ¿Ha visto Ud. a Rosita?

—Sé que no está buena. No he podido verla. Voy, con mucha frecuencia a la casa; pero ella no me recibe en su aposento.

—La culpa la tiene Ud, y es necesario que la pida perdón. ¿Desde cuando no la ha visto?

—Desde que nos separamos aquí. ¿No le parece a Ud. que anduvo antipatriota?

—Lo que me parece es que en Ud. no hubo cortesía, y que consideró a una niña como considerar a un soldado. ¿No le parece así, Señor Mayor?

Rio Maldonado, y luego se formalizó y miró al suelo, como confesando su culpa.

—Tengo que apelar a Ud., Señora. Aquí es donde debo reconciliarme con Rosa. ¿No se dignará Ud. abogar en mi favor?

—¡Quién sabe! Yo puedo ser juez, y no abogado. Yo le impondría a Ud. una pena.

—Yo creo que Rosita se enfadaría con Ud., si tal hiciese, contestó el Mayor, riendo.

—¡Vea Ud. al engreído! En todo caso hay que esperar la mejoría de ella. Yo no he ido

todavía a visitarla. Hablaré con ella, en lo concerniente al resentimiento; pero no puedo pronosticar si habrá perdón.

—Lo habrá, porque intervendrá Ud.

—Ud. ríe, y no con justicia. Poco poder tendría mi influencia, si Rosita no comprendiese que Ud. anduvo muy inexperto. ¡Reír de la sensibilidad, de la delicadeza del alma de una niña, víctima de un amor verdadero, y que quién ría, sea el mismo sér amado!

—¡Por Dios, Señoral, exclamó el Mayor, rojo de vergüenza. El objeto de mi risa no fue malo. Me extravió la vanidad, el deseo de ostentar valentía. Yo me arrodillaré delante de Rosita. ¡Ruego a Ud., con toda la humildad posible, apresure Ud. su entrevista con ella!

—Hoy no podemos hablar, porque tiene fiebre: lo sé por el teléfono. Esperemos otro día.

—Pero los periódicos hablan ya de guerra; y puede suceder que mi batallón parta, acto continuo:

—No será tán pronto, dijo Juan Simón. Si los periódicos hablan, las noticias, para nosotros, serán trasnochadas. El criterio de ellos no nos ha de traer grande utilidad.

—Sólo hay una noticia interesante, dijo el Mayor: la de que no tenemos ni un solo General adecuado para General en Jefe del ejército.

— Buscaremos una Generala, dijo Juan Simón, riendo: quizás sea lo que más convenga. ¿No te parece, Isolina?

— La Generala debe ser una como Rosita: con una sonrisa o una mirada, vence a algunos batallones.

— Entonces los primeros batallones vencidos han de ser los nuestros.

— Se le prohibirá a la Generala sonreír y mirar a sus subalternos... Pero esto no lo podrá, si entre ellos se encuentra el Mayor...

— ¿Vas o no, Isolina, a ver a Rosa?, dijo Juan Simón.

— Iré, pues... Pero nada le diré acerca de la partida de Maldonado, porque esta noticia la puede agravar. ¿Quiere Ud. ir conmigo? Allá veremos si Ud. puede o no entrar.

Isolina y Maldonado partieron; pero sólo ella entró. El Mayor quedó en el automóvil.

Rosita se hallaba en un sillón, apoyada en almohadas, y muy pálida. Se besaron, acariciaron y pronunciaron muchas frasesillas halagüeñas.

— ¿Mucho has padecido? ¿Ya no tienes fiebre?

— No: un ligero dolor de cabeza.

— ¿Cuándo podrás salir a la calle?

— No sé... Próximamente.

— ¿No ha venido Maldonado?

— Sí; pero a la casa, no a mi cuarto.

— ¿Porqué no le has recibido en tu cuarto?

— Porque he querido castigarlo.

— No seas mala. Perdónalo. El desea la guerra, por obtener ascenso y agradarte a tí.

— ¿Cómo me ha de agradar, exponiéndose a morir?

— El espera salvar, seguramente. ¿No tienes tú deseos de morir por él, en ciertos casos, de agradarle, con acciones elevadas?

— Yo sí; pero no, buscando la muerte.

— Hasta ha llorado por tu enfermedad, y por no poder verte.

— ¿Le has visto tú?

— A menudo... Y hoy mismo está en tu casa.

— Mándale llamar.

Rosita se apresuró a mirarse al espejo, mientras Isolina salió y volvió. No tardó en aparecer el Mayor.

— ¿Enfermita?

— ¿Y Ud. bueno, Rafael?

— No, desde que Ud. no lo está.

— Ya estoy mejor.

— He venido todos los días. ¿Es posible que se haya enfermado por mi culpa?

— ¿Y quién le ha dicho a Ud. eso?

— Yo, hijita; pero ya está bien castigado, dijo Isolina. ¡Cuidado vuelvan a pelear! Conviene que te mejores pronto, Rosita, porque te necesito en casa, el domingo. Ya te diré para

qué... Charlen Uds. un poco, mientras yo veo a tu mamá. Vuelvo al instante.

Y salió.

— ¿Qué hay de la guerra?, dijo la niña.

Maldonado vaciló; pero luego dijo:

— Parece que no sobrevendrá. Hay calma. Nada he oído... Lo que importa es saber qué enfermedad te ha molestado.

— Simplemente nerviosa, pasajera.

— ¿Has pensado en mí, Rosita?

— Mucho... ¿Y tú en mí?

— No mucho... Un soldado tiene que pensar en la guerra.

— ¡Y así ha de ser! Siempre los hombres son más malos, dijo Rosa, embermejeciendo

— ¡No, hijita, no!, dijo Rafael, comprimiendo, con ambas manos, la diestra de Rosita. Si tú faltaras, yo sería un guijarro. Vivo por tí y para tí; y si considero en otras cosas es por tí. ¿No lo crees?

Rosa le enlazó el cuello con el brazo, y le enseñó los labios. Rafael, después del beso, se irguió violentamente: nada dijo, y salió, como fuera de sí. Al salir, se encontró con Isolina.

— ¿Qué hubo?, preguntó ésta.

— Nada le dije de mi probable partida; y respecto de la guerra, tuve que engañarla.

— ¿Ya se despidieron?

— ¡Oh sí! ¡Al despedirnos!... dijo Maldonado, con gesto trágico.

— ¡Qué muchachos, qué granujas! Pero el lance será para ella muy duro, si se realiza la partida de Ud. . . . También yo voy a despedirme; pero demoraré un ratito. Si quiere Ud., lleve el automóvil.

— Gracias, Señora: no tengo que caminar muy lejos. ¡Mil gracias! Me ha vuelto Ud. la vida.

El joven no pudo volver a ver a ninguna de las damas: la partida de su batallón fue inmediata, no por urgencias de la guerra, sino por aumentarlo, con recluta, en una de las poblaciones intermedias.

Solamente con la salida de este batallón, y de otro, que marchó al día siguiente, la capital quedó como asustada. Contra el enemigo no había odio; y de la guerra, todos hablaban con tristeza. El movimiento de soldados era anuncio indudable de que lloverían balas. Empezó la agitación por obtener noticias; por darlas a prisa, y sin atención a la verdad. De las mujeres huyó la alegría; los ancianos guardaban silencio solemne; las misas eran muy frecuentes, y grande el concurso en las iglesias; los sacerdotes saludaban siempre melancólicos; los hombres que quedaron, fanfarroneaban a gritos; disminuyó el cultivo de los campos; paralizaronse las fábricas, se clausuraron los espectáculos; ausentóse la vida en los parques, alamedas, lugares de recreo, paseos campestres, pues no

hubo mujeres, y la mujer es el alma, en todos los regocijos humanos. La guerra es el mayor dolor, al mismo tiempo que el mayor atentado, el cual no deja provecho ni al que lo perpetra. Desde hace un siglo, siempre se había anunciado guerra entre dos Naciones, algunas veces había pasado el anuncio a realidad, y ninguna de ellas había obtenido nunca buen éxito. Nada es más calamitoso para un pueblo, que quedar, después de una guerra, con asuntos pendientes con otro, como Alemania con Francia, el Perú con Chile, el Ecuador con el Perú, etc. Así se conservan discordias, fomentadas por la sonrisa del vencedor y la rabia del vencido, y la fraternidad es imposible. Entre las Naciones, asunto de estas páginas, volvíase a hablar de guerra, como si los enconos empezasen. ¡Cuánto tiempo, cuánta sangre, cuánto dinero, cuánta inteligencia, cuánta fuerza, cuánta felicidad desperdiciadas, sólo porque un puñado de magnates, generalmente de perversos, satisfagan sus pasiones! ¿Será ésto amor a Dios, amor al linaje humano, amor a la veneranda religión? El hombre bueno ama a la humanidad; pero en la humanidad no halla sino odios. ¿Cuál tiene que ser la suerte del bueno?

CAPITULO IV

LA CONSPIRACIÓN

Juan Simón Escobar iba todos los días a platicar con su hermana, y ésta al concluir las conversaciones, salía con la mirada brillante y los labios temblorosos; agitábase extraordinariamente, llamaba, a cada rato, por teléfono, paseábase por el jardín y la llanura, sola, siempre cabilando. Un día llegó el automóvil de Rosita. Saltó la niña, pálida y llorosa; e Isolina salió disparada, apenas conoció que era su amiga.

— ¡Rosita!, le dijo. ¿Has llorado indudablemente? ¿Se te fue, no? ¿Cómo y cuando lo supiste? ¿Te ha teleografiado? Pero él no corre peligro hasta ahora.

— ¡Le han dejado ir!, dijo Rosa, haciendo pucheritos y abrazando a Isolina.

—Yo no tuve noticia del viaje. Hubiera intervenido; pero se habría él burlado de mis sú-

plicas y puesto en ridículo a mi marido. Es de un carácter muy resuelto y firme.

—¿No volviste a verle?

—La última vez que le ví, fue en tu casa. Parece que ni él supo la proximidad de su viaje.

—A mí no me ha teleografiado. No sé ni dónde se halla. Yo no me puedo quejar de que tú no hayas ido a verme. Sabía yo que preguntabas por mí, por el teléfono; pero yo no quería contestarte, de temor de hablar de él. Hoy no pude ya vencerme, y he venido.

—Sabía yo que estabas mejor, e iba a traerte, porque me eres absolutamente necesaria. Hoy tenemos reunión con nuestras amigas selectas, y en ella trataremos de asuntos que te agraden.

—Quizá no, porque todo me da pena.

Para consolarla, hablóle largamente del antedicho asunto, hasta interesarla, de modo sorprendente. Se sonrosaba, reía, las lágrimas le temblaban y escuchaba con los labios entreabiertos.

Aquel día era domingo. Entró Juan Simón, quien había venido a pie, y platicó con las dos amigas, hasta que oyeron ruido de automóviles: entonces él se ocultó en un lugar conveniente, y empezaron a entrar grupos de Señoras, de lo distinguido de la ciudad, y a cual más elegante. Algunas eran casadas o mayores de edad, otras, jóvenes bellísimas. Habían venido difundiendo alegría en las calles y embelesando a los pa-

seantes. ¡Qué de voces tñ melodiosas, qué de risas tñ embelesadoras, qué de fisonomías tñ hechiceras! Y entre ellas estaba la flor de las discretas e inteligentes, de las ingeniosas e instruídas. No acompañaba a aquellas beldades ni un solo hombre. Los salones se llenaron, Isolina se disculpaba, todas se complacían, por haber acudido tñ puntualmente a la invitación. Tomaron el té, rieron y charlaron, se recrearon, con alegre bullicio, en las azoteas, a la vista de muchos jóvenes, atraídos por la novedad, quienes las saludaban desde las praderas. De repente, a un llamamiento de Isolina, volvieron a los salones.

— Están Uds. sorprendidas, de seguro, dijo ésta, desde una como tribuna, colocada en sitio preferente, de que en la casa no haya un hombre, como si quisiéramos conspirar contra el sexo masculino. ¡Y que yo sea la mujer del Presidente, y que todas Uds. pertenezcan a familias, cuyos jefes son personas respetables! Van Uds a saber un secreto, amigas mías; y espero me perdonen la audacia de haber provocado esta reunión, sin ningún fin placentero. Quizá mi propósito venga a ser un delirio, propio de la debilidad y la ignorancia, o quizá tenga buen éxito, lo que dependerá de la generosidad, sentimientos elevados, santas inclinaciones de Uds.

— ¿De qué se trata?, dijo una dama de muchas campanillas.

— De convertirnos en ángeles de la guarda, para defender la vida de nuestros hombres, de nuestros padres, de nuestros hijos, de nuestros maridos, de nuestros hermanos, de nuestros novios, de nuestros sirvientes, dijo Isolina. ¿Quieren Uds?

— ¡Yo sí, yo sí, yo sí!, exclamaron todas a una voz. ¿Cómo, pues?

— El voto es unánime. Lo que ahora conviene saber es aquello en que consiste el estudio de esta ciencia, ciencia que es del corazón, y por lo mismo, de nuestro sexo. En resumidas cuentas, es un verdadero apostolado. ¿No es cierto que las mujeres tenemos mayor derechos que los hombres a la propiedad de nuestros hijos?

— Me parece, dijo la Señora de Guarderas. Nosotras les traemos en nuestras entrañas nueve meses, les echamos a la vida, soportando incomparables dolores.

— Sí, dijo la Señora de Rodríguez: les alimentamos con nuestra sangre; nuestra es la primera voz que oyen; comprendemos su lenguaje, que consiste en los primeros gorjeos; se complacen con nuestras caricias; mitigamos sus dolencias; acudimos a satisfacer sus necesidades y sus gustos, hasta sus más insignificantes caprichos; les enseñamos a andar, y les guia-

mos por el mejor camino posible, evitando su caída en el precipicio de los vicios...

— Por eso nos prefieren, pues les hemos enseñado el goce de la vida, dijo la Señora de Castro: nos respetan, porque saben que somos sus madres; nos ayudan, porque conocen nuestra falta de vigor; nos adoran, porque nuestros agasajos, nuestra ternura, nuestra abnegación son por la felicidad de toda su existencia. El auxilio de ellos nos es indispensable, porque la Naturaleza nos ha constituido más débiles, más inhábiles para cierta clase de trabajos.

Entonces habló Isolina:

— Hay todas estas razones, y muchas más, para que cuidemos la vida de los hombres. Es nuestra obligación, y tan indispensable como cuidar de la prolongación de nuestra vida. Y bien... ¿Porqué van a la guerra, dejándonos solas, a morir y a matar a los hijos de otras madres, sin la menor autorización de nosotras? ¿Porqué van a herirnos a nosotras, ya que saben que la herida de ellos es la nuestra, que con la muerte de ellos, moriremos nosotras? La guerra es un crimen de todas las naciones y de todos los siglos, y quienes lo cometen son los padres de nuestros adorados hijos. ¿Y nosotras no somos la mitad del linaje humano, y no tenemos derecho a impedir este crimen?

— ¡Y eso es evidente!, exclamó la Señora de Fernández. Somos cómplices, y somos tam-

bién víctimas. ¡Hasta ahora no hemos caído en la cuenta! No tenemos voluntad, o si la tenemos, no podemos ejercerla. El hombre lo hace todo: es dueño de la civilización, la acomoda a su manera; y a nosotras nos la da por fragmentos, lo necesario para que podamos vivir sin molestarles, pero sirviendo a sus placeres... Lo que dicen es: "No pueden, son muy débiles, muy niñas". Un célebre inglés dijo, en tiempos pasados: "hasta ahora no he tratado una mujer, que demuestre tener más de siete años" (1). Pero uno de los más sabios franceses, afir- ó: "Los pueblos serán siempre lo que quieran las mujeres"; refiriéndose a que la mujer dirige la primera educación del hombre (2). ¡Cuando ha habido quien escriba un libro, con el título de "La inferioridad mental de la mujer!" A veces pienso que debemos declarar guerra a los hombres; pero luego que, si somos superiores, lo que debemos hacer es corregirles.

— ¿Y el medio?, dijo otra Señora, entrada en años.

— A eso vamos, respondió Isolina. No estamos acostumbradas a reflexionar, porque nuestro raciocinio es oído con indiferencia, por los hombres, sino solamente a sentir, porque la

(1) Lord Chesterfield.

(2) J. J. Rousseau.

expresión de nuestro sentimiento, les conmueve, casi siempre. Ahora reflexionemos, arguyamos, apoyemos nuestro raciocinio en la eficiencia del sentimiento. Ya me daré a comprender. Acabo de oír argumentos, que brillan con la condición de convincentes, y ellos pueden ir sostenidos por el poder de la simpatía, que enlaza inflexiblemente a los dos sexos. Nosotras poseemos la llave de esta poderosa simpatía. Revistámonos de ánimo y vamos a discutir con los hombres, donde podamos ser oídas.

— ¿En dónde, pues?, dijo una jovencita.

— En el Congreso, por la prensa, en los salones, contestó Isolina.

— ¿En el Congreso? ¡Jesús, qué miedo!

— Basta con enviar un Memorial: no es necesario ir personalmente.

— Los Legisladores se reirán.

— No lo creo. No es asunto de reirse. Depende de la solidez del raciocinio, y de la discreción de los individuos del Congreso. En éste habrá partidarios y adversarios.

— ¡Pero si la mayoría está en contra nuestra!

— Apelaremos a la fortaleza a que acabo de aludir, y cuya llave está en nuestras manos.

— ¡Fortaleza!... ¿Pero cuál es la fortaleza?

— Hay una, es muy linda, y la conocemos todas, y los hombres quizá mejor que nosotras...

— ¡Ya caigo!

— Y yo también.

— ¡Y yo, y yo, y yo!, exclamaron todas.

— Todas las mujeres no podemos acudir a esta fortaleza, dijo una Señora mayor.

— Ni todos los hombres están en situación de ser combatidos y vencidos, dijo Isolina. Hay muchos que ya lo fueron.

Estalló una risotada general y melodiosa.

— ¿Pero será fortaleza el amor?, dijo una Señorita.

— Y tánta, que puede trastornar el mundo, contestó la Señora de Castro. Por mí, hija mía, casi se ahorca mi marido, cuando pretendía casarse conmigo. Al pobre le pillaron con la lengua afuera.

— El mío rondaba, noches enteras, mi ventana, y el día lo pasaba arrodillado, delante de mi retrato.

— El mío se convirtió en animal: yo le volví a la raza humana. Hagan la prueba las solteras: todas han de tener sus chichisbeos.

Las solteras sonrieron, se sonrosearon y miraron de soslayo, unas a otras, mientras que con las manos jugueteaban con alguna cosa.

— El tuyo está loco, dijo una a otra, ambas pizpiretas bellísimas.

— El tuyo anda que se priva: ayer le vi que se arrodillaba para besar tus huellas.

— Muchos se meten frailes.

— Otros se meten soldados, y van a buscar la muerte en la guerra.

— Serán los desdeñados, dijo Rosita, con voz apenas perceptible.

— Para conseguir lo que deseamos, ¿será indispensable desdeñarlos?

— Eso depende...

— No, hija: ahí conviene el tira y afloja.

— Pero todas las mujeres tendrán que tirar y aflojar con sus respectivos maridos, novios y galanes.

— Fácil es. La mujer forma el hogar, y el hogar es indispensable para el hombre. Si nosotras no queremos concurrir al hogar...

— ¿Y las que tenemos hijos?, dijo la Señora de Freile.

— La separación será transitoria, dijo Isolina. Lo que para el mundo importa es que cunda la idea.

— Cundirá como un incendio, porque todas las mujeres se convencerán de que ejercen un apostolado.

— ¡Ay Dios mío, y qué apostolado tan excelso! Las mujeres trayendo la paz al mundo entero!

— ¡Viva la mujer!, exclamó una de las concurrentes, poniéndose en pie y palmoteando.

— ¡Viva la mitad del linaje humano!, exclamó otra.

— ¡Viva! gritaron todas, y dejaron sus asientos.

Unas dando saltitos, otras bailando entrelazadas, otras tarareando con dulzura, otras cogitabundas, la mayoría entusiasta, todas formaban proyectos más o menos bellos, más o menos realizables, más o menos dirigidos a la felicidad universal. Rosita buscó a Isolina, y lloró, abrazándola y besándola.

— ¡Qué dicha!, decía. Por fin vamos a tener una ocupación digna de la gente; por fin vamos a servir para algo; por fin la humanidad tendrá por qué agradecernos

Todas rodearon a Isolina, la acariciaron, la cubrieron de alabanzas. Acto continuo la nombraron Presidenta, y Secretaria a Panchita Arboleda, linda e inteligente.

— Si es cierto que los hombres raciocinan mejor que nosotras y nos aman, el Congreso tiene que acoger el Memorial que elevemos, y en elevarlo, no debemos vacilar, dijo la Señorita Román.

— Pero el redactor tiene que ser un hombre conocedor de las fórmulas usuales...

— Y que se adhiera, con entusiasmo, a nuestra idea.

— ¡Juan Simón Escobar!; ¿No les parece?, dijo Rosita.

Todas palmotearon, pues casi todas conocían la seriedad, el talento, la nobleza del hermano

de Isolina. Esta corrió y regresó, en triunfo, con su hermano.

— Va a ser nuestro director, Señor Escobar, le dijo una. ¿Ya Ud. está bien instruído en el negocio?

— ¿No le parece bella la idea?

— ¿No le parece grandiosa?

— ¿No le parece sublime, hasta santa?

— ¿No le parece una ocupación digna de las verdaderas discípulas de Cristo?

— Director de Uds. no podré ser, Señoras y Señoritas; pero serviré a Uds. en lo que me sea posible. La idea es propia de Uds.

— Es de su hermana.

— Es del bello sexo, contestó con sonrisa Juan Simón. Desempeñar cualquier papel en tal proyecto, es muy honroso.

Trataron primero del encargo que le incumbía al Señor Escobar, y luego a la Señorita Arboleda. Al despedirse las Señoras, entraba el Presidente, quien (ellas ya en viaje), se acercó a Isolina, alarmado.

— ¿A qué se debe esta concurrencia elegante, hija?, le dijo.

Isolina era incapaz de la más leve mentira, y por eso era tan digna, pero también era incapaz de comprometer la prosecución de una empresa, que le interesaba, en sumo grado. Consideraba su deber, por otra parte, comunicar su proyecto a su marido.

— Es un propósito que tú tienes que aprobar. Ya lo verás. No es mujeril, sino de Aspasia, interviniendo ante Pericles, entre los de Mileto y los de Samos; pero con perfecto derecho.

— ¡Cómo! ¿Las mujeres metiéndose en política?

— Metiéndose en el servicio de la humanidad, hijo... Ya sabemos que hay amenazas de guerra... Lo que queremos es declarar guerra a la guerra, arguyendo y convenciendo a los guerreros...

— ¿Sólo que sea con besos...

— Tú tienes que ser uno de los a quienes convenzamos.

— ¡Oh, magnífico! Pero yo no me convenceré sino después de cierto tiempo.

— Eso, poco importa, engréido, con tal de que te convenzas.

— Pero ya ves que yo no procederé por mí mismo, sino conforme a las circunstancias y al pundonor nacional.

— Nosotras no iremos contra ellos.

— Con tal de que no comprometan al Gobierno, que no le den el colorido de cobarde...

— Le daremos el de generoso y magnánimo, dijo Isolina sonriendo.

— Y la verdad es que, si la cosa es seria, no la reprobaré, siempre que haya prudencia y cordura...

— Yo diré a mis amigas, que te he referido a tí nuestro proyecto, porque eres mi esposo; pero que no me he comprometido a seguir tu parecer, porque, en el caso del propósito, pertenezco a mi sexo.

CAPITULO V

UN MEMORIAL EN EL CONGRESO

En los días siguientes reunióse ya el Congreso, el cual empezó sus labores, con toda la nerviosidad de las circunstancias. El secreto iba trasluciéndose, en razón de la agitación femenina, y porque todas las Señoras consideraban necesario comunicarlo a los legisladores, sus amigos. Circuló la noticia de que, en la Legislatura, iba a leerse un Memorial del bello sexo, pidiendo se suspendiera la costumbre de guerrear; y hubo grande concurrencia en la barra, de personas que no dejaban de reir. El Secretario leyó lo siguiente, en medio de la más profunda atención del auditorio:

“Señor Presidente del Congreso:

“Desde el origen de la raza humana, no todas las clases sociales han demostrado su verdadero poder en el mundo, porque no lo ha permitido la de mayor fuerza física, intensa-

mente convencida de que ella debe ser la autoridad: la que ha gozado de este privilegio ha sido la de hombres, la destituida de él, la de mujeres. El predominio de la mujer ha sido transitorio, efecto del influjo de sus evidentes atractivos, y de pasiones más o menos momentáneas. Mucha razón tuvieron los primeros hombres, al dividir la naturaleza humana en alma y cuerpo; ambas son fuerzas prodigiosas; pero la una obedece a la otra, sirviéndole, casi siempre, de auxiliar, en conformidad con los preceptos que en toda la Creación se van descubriendo. Estos preceptos van comprobando que la fuerza del alma es superior a la del cuerpo, y que la de éste sirve para facilitar el ejercicio de la otra. El alma, por ejemplo, ideó que pueden unirse dos océanos, rompiendo un istmo, con el fin de abreviar, de un punto a otro, la distancia; y el cuerpo ha puesto por obra tal propósito. El alma ve la felicidad, a lo lejos, y el cuerpo emprende la apertura del camino. El alma posee los atributos de que suponemos revestidos a los seres sobrenaturales, como la inteligencia, la previsión, la perseverancia, el amor, la generosidad, la potencia afectiva, la resolución al sacrificio, con tal de labrar el bien de los humanos; el cuerpo posee el ímpetu del rayo y su fuerza irresistible. La fuerza corporal fue la primeramente conocida, y por eso se supuso que ella era la única. In-

conscientemente el hombre procedió, desde el principio, como mandado por el alma; pero sin tener idea de ella: la primera idea del alma vino entre los hebreos, en tiempo de Moisés: pudo haber venido también en la India, tal vez asimismo en otros pueblos; pero no se ha hallado dato histórico. Cuando se habló del alma, los pueblos estaban ya acostumbrados al sometimiento a la fuerza corporal.

“La mujer es el alma, el hombre el alma y el cuerpo. Como la fuerza física fue la primera de que necesitaron los humanos, para sus necesidades, prevaleció el hombre por ella, y la mujer no apareció sino como objeto secundario, instrumento de goces efímeros, alguna vez como potestad ficticia, originada por eventuales preferencias. En Grecia y Roma se presentó con algún poder, debido a los atractivos artísticos; pero generalmente fue ultrajada, porque nadie la consideró como personificación del alma. El Cristianismo la levantó un poco; mas no como el Fundador lo quiso, porque todavía los pueblos no eran cultos. Jesús quiso que la mujer fuese esposa, y se colocara al nivel del hombre; pero los intérpretes de Jesús prescribieron el celibato, deificaron la virginidad, condenaron a la mujer al monjío; y por intereses monetarios, pusieron en venta el permiso para la realización de matrimonios. Es cierto que la libertaron de la disolución pagana; pero luego la sumer-

gieron en el lupanar de la Edad Media, ese an-
tro de devociones y azotes, que ha escandaliza-
do a las edades posteriores.

“ El esfuerzo gigantesco de la civilización eu-
ropea y de los Estados Unidos, está continuando el esfuerzo sobrenatural de Jesucristo. No quieren dichas Naciones que la mujer rivalice con el hombre en lo que a ella no le es posible, en conformidad con su organización; pero sí que busque medio de ayudar a la humanidad, como sea realizable. La mujer busca la vida, con agitación, ora ordenada, ora febril, separándose de las preocupaciones, ateniéndose a las advertencias de mujeres y hombres de experiencia, y no la vida propia tan solo, mas también la de su familia y su patria, de su raza y del linaje humano. La mujer, entre nosotros, no pasa ahora de niña, porque así la conservan los hombres, autores de nuestra civilización, sin el menor concurso de nosotras; no hacemos sino seguir por el sendero que ellos han trazado. ¿A qué título se llaman los hombres nuestros directores, sino al del conocimiento de que es superior su fuerza física? ¿Porqué no han hecho siquiera experiencia, suministrándonos el necesario aprendizaje, que algunas de nosotras lo buscamos por instinto? ”

“ La mujer ha llegado a desempeñar el papel de auxiliar de los hombres en las guerras, en el cual ha manifestado épico heroísmo, solicitud y

ternura incomparables: hermanas de la caridad o enfermeras, lo que quiere decir, ángeles de la guarda del hombre, han oído el estruendo de los instrumentos que causan la muerte; han visto correr la sangre; han sostenido al soldado que cae; han escuchado el estertor de la agonía; han llorado por las madres, las hijas, las esposas de esos infortunados militares, muertos sin haber cometido delito; han reflexionado que Dios no es injusto, que la guerra es un crimen de lesa humanidad, y que ese crimen no es debido a las mujeres. Quizá sea prueba de amor a la civilización, a la verdadera, no a la supuesta, a la espiritual, no a la material, a la humana, no a la masculina, demostrar en grito inmenso, con la voz de la mujer, que es más aguda y penetra hasta los antros, que la guerra es el crimen más enorme de los siglos. Si los hombres no escuchan nuestra voz, les hablaremos con hechos, pero no con violencias, como ellos acostumbran. Vamos a ejercer un grandioso apostolado, el mismo que enseñó el Hombre-Dios, no con la eficacia divina, pero sí con la solicitud de la pobre humanidad.

“ El primer instinto del linaje humano, y a la vez, el más poderoso, fue el de la propia conservación, de donde dimanó la propiedad, porque experimentó el anhelo de satisfacer mil necesidades: el que comía el fruto que otro había adquirido, se convertía en reo de muerte. La

primera experiencia vino a ser peor que la ignorancia, porque las primitivas religiones, las primeras leyendas, historias y poemas, los primeros cánticos sagrados, divinizaron a los que habían mostrado más valor, más astucia, más perfidia y crueldad en la disputa por propiedades insignificantes. Entonces vino la justificación del éxito, aunque el hecho fuera abominable; entonces aparecieron los usurpadores y tiranos, que hasta el presente horrorizan a los pueblos. Vino, pues, a ser estímulo el elogio; y el hombre se consagró a dar muerte a otros hombres. Moisés, Josué, los Macabeos, mil israelitas; los Sesostris, los Sardanapalos, los Faraones; Agamenón, Aquiles, Héctor; Ciro, Darío, Alejandro; Epaminondas, Milciades, Temístocles; César, Pompeyo, Escipión; Aníbal, Atila, Tamerlán; Carlomagno, el Cid, Pelayo; Gustavo Adolfo, Federico, el famoso Napoleón... tantos otros inmoladores de hombres, fueron formados por aquellas funestas alabanzas. A imitación de todos éstos, quienes merecían la horca, antes que el trono, en nuestros días se presentó un Guillermo de Alemania: éste se afianzó en el número y robustez de sus súbditos, en la ciega obediencia que le prestaban, en la perfección alcanzada por sus elementos de guerra: cañones, fusiles, buques, submarinos, zepelines...; desafió a Europa, podemos decir, al mundo, y fue causa de la

muerte de veinte millones de hombres, lo que suspendió el avance de la civilización, diremos, de la humanidad en pos del progreso. Muchos millones de mujeres quedaron sin padres, sin hijos, sin maridos, sin hermanos... Pero, amantes de la vida, porque son humanas; anhelantes de la felicidad, porque son merecedoras de ella; rebosando en sentimientos afectivos, porque son mujeres, exhalan suspiros y vierten lágrimas; pero no se ahogan en el vacío, sin embargo. Separan la mirada de aquel espectáculo espantoso, ruinas del odio del hombre contra el hombre, odio bestial, no siquiera con apariencias de humano; ponen dicha mirada en la propia suerte, sustituyen al hombre, a quien perdieron, empuñan la herramienta de él, buscan la felicidad, que les arrebataron los varones. Nacieron en época infausta; pero sirven de maestras, y ellas están enseñando lo que nosotras hemos ignorado: que podemos amenazar con la separación a los hombres, si ellos siguen empeñados en mantener la guerra entre humanos.

“Vamos a aparecer en un nuevo proscenio de la vida: la mujer es digna de él, y en él debe resplandecer, como no ha resplandecido hasta el día. Su aspecto será deslumbrador, en sus gesticulaciones no habrá afectación teatral, su vestidura y su acento serán de ángel, y suspenderá al género humano en sus afanosas fae-

nas. ¡Viene a redimir al hombre de la guerra, el más grande de los enemigos que con él ha combatido! Las malas pasiones y los vicios van cediendo, porque el hombre va experimentando el beneficio de las virtudes a ellos opuestas; las enfermedades huyen como víboras, y van desapareciendo en el vacío del abismo; las sectas y supersticiones retroceden, aterradas por las estruendosas descargas de la Ciencia; el martirio del retardo cesa, por el rápido medio de comunicación y transporte; los terremotos pueden ser previstos; se ha encadenado al rayo, y obligádole a prestar servicios a los hombres; los incendios pueden evitarse o dominarse; ya triunfa el hombre de la tempestad en los mares, prevaleciendo en sus fortalezas flotantes; ya es rey del aire, como el ave... El único enemigo que resta es la guerra.

“ Si la mujer tiene mayor derecho a la vida de su hijo, como lo podemos probar a nuestros jueces, de ella tiene que ser la obligación de evitar el estrago de la guerra. Lo debe, si ella es el alma, y no le falta sino poner en ejercicio su energía. Declara el hombre la guerra, por sí solo: la mujer no tiene voz ni voto: ella debe reclamarlos, ya que también son propios de ella, según mando de la Naturaleza. Cuando se oye ruido de armas, las mujeres deben asociarse, en el paraje en donde vivan, aunque sea el más oscuro del orbe. Todas las legislacio-

nes humanas deben patrocinar estas ocasionales sociedades. De cualquiera de éstas debe partir la primera insinuación, enderezada a otra sociedad, en el mismo Estado o territorio, en especial, si es su gobierno el provocador de la guerra. Unidas estas sociedades, su primera obligación debe ser elevar un Manifiesto al gobierno susodicho. Promovamos la formación de estas sociedades en la Nación donde vivimos. Los medios de comunicación son ahora fáciles, y amigas podemos tener todas en la patria. Ahora es cuando debemos empezar nuestra faena, porque van a morir nuestros compatriotas, nuestros deudos. Nada arriesgamos, y lo que esperamos es el beneficio del mundo, buscado desde el origen de la vida. Hemos empezado por conmover a las otras mujeres del orbe, en especial, a las de la Nación, nuestra enemiga, pues también ellas son mujeres, también ellas han de estar abatidas por el peligro de sus hombres.

“ No es necesario repetamos que la guerra es crimen; pero sí que él no es de un hombre, sino de millones de hombres; no de un Estado, sino del mundo entero; no de nuestros tiempos, sino de todos los siglos; y crimen, no cometido por la humanidad, sino por la mitad de ella, por los que gobiernan, por los que legislan, por los que son jueces, por los que son autores de la civilización que nos dirige. Nosotras, la par-

te más numerosa, pero la más débil; la destinada a obedecer, aunque el precepto sea injusto; las semejantes a los bufones de las monarquías antiguas, que sólo servían para complacencia de los soberanos y concurrentes al palacio; las hiedras y violetas, en presencia de los cedros y los olmos, ¿qué podemos hacer sino rogaros, qué sino implorar benevolencia, ya que nos habeis acostumbrado a no argüir? No sois solamente vosotros los humanos; también somos humanas las desventuradas mujeres. La guerra no es juego; en ella está el cadalso de todos los que concurren a guerrear, y en el cual perecen, casi siempre, inocentes. Sólo el hombre declara la guerra; la mujer, ¿qué sabe de élla? ¿Qué recurso nos dejais, sino el de derramar arroyos de lágrimas? ¡Inmolad a la madre, primero que al hijo, si quereis ser más humanos, menos fieras! Quebrantaremos las leyes naturales, así como vosotros las quebrantais, quitándoos la vida unos a otros: si los mismos padres han de dar la muerte a nuestros hijos, ¿para qué los concebimos?

“ El hombre arguye con la obligación de sacrificar la vida por la patria: este argumento es infundado, pues a medida que se van descubriendo secretos naturales, se van modificando las costumbres. El patriotismo es también invención masculina: provino de que el hombre se enfadó con el hombre, fundado en la propia

conservación, en el sentimiento de propiedad, que vino a degenerar en egoísmo. Una de las primeras tribus fundó patria, para defender su propiedad de otra tribu, que, por la fuerza, quería apoderarse de lo ageno, y de ahí nacieron patria y guerra. Nos inspira ternura el lugar donde nacimos; pero más ternura deben inspirarnos nuestros hijos. Sacrificamos, para siempre, a un hijo por la patria, cuando la patria no muere, y podemos defenderla de mil otros modos. Causas de guerra pueden ser una ofensa insolente, el abuso del número y la fuerza, la inclinación al robo, el castigo por un atentado, la sinrazón en pretender el triunfo de un concepto erróneo, como una frontera contraria a la historia, al derecho, la negativa al pago de una deuda comprobada, y otras muchas; ¿pero cuál de ellas no puede arreglarse en paz y en calma, por medio de la diplomacia, la cultura, el raciocinio, concediendo mutuamente algo, procurando ser más humano y menos bestia? La discusión entre los beligerantes será pública, pues el escándalo de la guerra es también público; y el mundo sabrá desde el principio, cuál de los dos es más culpado. En una gran parte de las guerras no hay motivo público, sino la voluntad, el capricho de los que las declaran como Jefes: el motivo es el orgullo; el deseo de llegar al poder o de mantenerse en él; el resentimiento por haber sido ofendido; el amor, los

celos, siempre la venganza innoble; la locura de hacer ostentación de valentía, y generalmente cualquiera de las pasiones desornadas personales. ¡Por ellas han de ir a morir nuestros hijos, por ellas el desprecio tñn grande al indefenso, al que no ha podido educarse en Colegios, al labriego, al proletario, al indio incul-to... quienes son los escogidos para componer los batallones! Por ellos se suspende todo esfuerzo, en orden a mejoras, cesa la labor de la tierra, de la industria, de las artes; penetra en los hogares el hambre; cunden en todas partes las pestes; cierra el comercio sus emporios, la niñez tiene que vagar, sin lecciones; los bandideros llenan los caminos y ciudades; la mujer, sobre quien se derrumban todos los dolores, con más abundancia y pesadumbre que sobre el hombre mismo, sucumbe, debilitada por la ansiedad, la angustia, el estupor... Por la guerra, nunca opinó todo un pueblo: los que las provocan son generalmente los guerreros, los crueles, los interesados, por cualquier razón, en el desastre.

“ Os pedimos que deis leyes, en aceptación de nuestro voto, cuando haya de declararse la guerra; pero esto no quiere decir que nos opon-gamos a que seais defensores de la patria, si alguno quisiere conquistarla, a que no acepteis un reto, con desdoro de vuestra dignidad de

hombres. Si determinais en vuestras leyes, no declarar guerra a nadie, seguro es que no dareis motivo a nadie, para que os declaren guerra, y será escarnecido por el mundo el que en algo os ofendiere. Se irá generalizando nuestra idea: las mujeres de todas partes intervendrán con sus gobiernos, movidas por la más sagrada vergüenza, y la paz regocijará al planeta, como descendida de los cielos. Os rogamos no acepteis ninguna guerra, aun cuando os asista motivo de enojo, sin haber agotado el medio de anularla, valiéndoos de cualquier sacrificio, por valioso y enorme que sea; que deis tiempo a que en la nación enemiga raciocine la mujer. ¡ Nos obligais a aborrecer a otra patria, por ventura más civilizada, más hermosa, más dichosa que la nuestra, sin que las mujeres de una y otra comarca sean culpadas, y únicamente por no investigar medidas de convenio! El patriotismo de los griegos, el de las mujeres de Esparta, fue justo, porque injusto era el aborrecimiento de los que pretendieron destruirlos.

“ No es de nuestra incumbencia raciocinar acerca de las guerras intestinas. Por defender a la patria contra salvajes y fieras, muramos; y muramos, así mismo, por defender la libertad. Pero ni salvajes ni tiranos aparecerán en contra nuestra, desde que de nuestro recinto desaparezca el espíritu guerrero.

“ A la mujer le repugna la sangre, y con más intensidad, si es de sus hijos, de sus deudos. Si la mujer está destinada a dar la vida, alimentando en su seno al sér querido, no lo está a arrebatársela a nadie, y agoniza a la agonía del que se formó en sus entrañas, y es condenado a espirar, por quien contribuyó a su vida, siendo, como es él mártir inocente. Si adorais a la Madre del Calvario, precisamente por haber sido Madre de un Dios Mártir, ¿ por qué no habeis considerado y no considerais a las madres posteriores? ¿ Cómo el hombre no ha considerado en nuestra complexión, en nuestra sensibilidad y ternura, y salpica de sangre nuestro hogar, cómo de agua indispensable a nuestro aseo, de perfume indispensable a nuestros goces, de remedio para mitigar nuestras dolencias? ¡ Al extender la mano, hemos de tocar sangre; al dar un paso, hemos de empapar los pies en sangre; nuestra atmósfera ha de tener el color de la sangre! ¿ Cómo es posible, oh Señores, varones a quienes veneramos y amamos, así como nos amais, nos adorais, cómo es posible que de este amor nazca otro hombre, a quien vosotros le mandais asesinar y a ser asesinado? ¿ Es acaso bestia brava, o de aquellas cuya carne sirve a la raza humana de alimento? ¡ Es nuestro hijo!”

El Memorial estaba firmado por todas las Señoras casadas, de viso y conocidas, empezando

por la esposa del Presidente del Estado. En la barra estallaron aplausos. Todos los Legisladores quedaron conmovidos. Muchas Señoras concurrieron al Congreso, y en sus semblantes brillaron las lágrimas.

CAPITULO VI

EL MEMORIAL EN DISCUSION

Sometido a discusión el Memorial, levantóse un Senador anciano, limpió sus espejuelos, se los colocó en las narices, abrió y fojeó un libro, hasta que halló lo que buscaba, y empezó a perorar, con vivísima emoción:

“ Señor Presidente: Pido perdón a las respetables Señoras, que han suscrito el pedimento, que acaba de leerse, porque hubiera yo deseado no oír, en el recinto de un Congreso como el nuestro, respetador de las leyes eclesiásticas, de los libros sagrados, contenidos en la Santa Biblia, una exposición propia de otros pueblos, de aquellos que ya no rezan, ni doblegan la rodilla ante el Todopoderoso. Decir que los sacerdotes inventaron el celibato, deificaron a la virginidad, condenaron a la mujer al monjío, contra la voluntad de Jesucristo, no solamente es inmoral y falso, sino herético, y merece la

condenación impuesta por nuestra Santa Madre Iglesia. ¿Y qué no diremos del objeto del tal Memorial, que directamente injuria al Padre Eterno, al que instituyó la guerra como santa, condenando al exterminio a los que desdeñaban a su pueblo? Oí decir que se iba a leer hoy en el Congreso una disertación herética, acerca de la supresión de la guerra en el mundo; y vine con este libro santo, el de las verdades divinas, la Biblia, para leer algo de lo pertinente, en esta Honorable Asamblea: dignaos escuchar:

“Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Haz la venganza de los hijos de Israel sobre los Madianitas... Entonces Moisés habló al pueblo, diciendo: Armaos algunos de vosotros para la guerra, e irán contra Madián, y harán la venganza de Jehová en Madián.

“Mil de cada tribu, de todas las tribus de los hijos de Israel, enviareis a la guerra.

Y pelearon contra Madián, como Jehová lo mandó a Moisés, y mataron a todo varón.

“Y volvimos y subimos, camino de Basán, y saliónos al encuentro Og, rey de Basán, para pelear, él y todo su pueblo, en Edrei. Y díjome Jehová: “No tengas temor de él, porque en tus manos he entregado a él y a todo su pueblo, y su tierra; y harás con él lo que hiciste con Seyón, rey Amorrheo... Y Jehová, nuestro Dios, entregó también en nuestras manos a

Og, rey de Basán, y a todo su pueblo, al cual herimos, hasta no quedar de él ninguno.”

Hablando de la toma de Jericó, dice a Josué: “Toda la plata y el oro, y vasos de metal y de hierro, sea consagrado a Jehová... Y destruyeron todo lo que en la ciudad había: hombres y mujeres, mozos y viejos, hasta los bueyes, ovejas y asnos, a filo de espada... Y consumieron con fuego la ciudad y todo lo que en ella había...”

“Jehová dijo a Josué: “No temas ni desmayes: toma contigo toda la gente de guerra, y levántate y sube a Hai. Mira, yo he entregado en tu mano al rey de Hai y a su pueblo, y a su ciudad, y a su tierra. Y harás a Hai y su rey, como hiciste a Jericó y a su rey; sólo que sus despojos y sus bestias tomareis para vosotros. Pondrás, pues, emboscadas a la ciudad, detrás de ella.... Y levantóse Josué y toda la gente de guerra, para subir a Hai; y escogió Josué 30.000 hombres fuertes, los cuales envió de noche... Y levantándose prestamente los que estaban en la emboscada, corrieron, luego que él alzó su mano, y vinieron a la ciudad, y la tomaron, y apresuráronse a prenderle fuego...”

No fatigaré a la Asamblea. Innumerables son las relaciones de guerras, en todo el Antiguo Testamento. ¿No es evidente que el Padre Eterno instituyó la guerra? ¿Al cabo de

tántos siglos ha venido a contradecirse a Nuestro Dios? Mi voto será contrario a ese Memorial tan enormemente herético.”

Se levantó el Diputado Miranda, joven de fisonomía imponente, novio de Panchita Arboleda, la Secretaria de la Junta femenina: “Manifestaré, desde luego, dijo, mi asombro y entusiasmo por la disertación de las Señoras. Se trata de la redención del hombre, y éste no ha considerado en ella, a pesar de que la guerra es tán antigua. El Hombre Dios vino a extinguirla, revocando el precepto de Dios Padre, con aquellas palabras nunca oídas: “Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen.” ¡Y quizá va a conseguirlo ahora, por medio de la mujer, el mejor de sus apóstoles! No tratamos de la suerte sobrenatural de la especie humana, no de su salvación eterna, sino de la prolongación de su vida en este mundo. Estamos en Congreso, no en Concilio. Los Concilios, los Pontífices, los Cardenales, los Prelados, averiguarán si nosotros hemos caído en herejía, al acoger la petición de las Señoras. Nosotros no tenemos que ver sino si tiende al beneficio o al perjuicio, si es o no conforme con las leyes, si es o no conveniente a la sociedad humana. La Biblia es libro sagrado, por declaración de los siglos; pero no puede negarse que en muchos de estos siglos se la ha declarado susceptible de interpretación, según el en-

tendimiento de los hombres. ¿Se habla de guerras efectivas, realizadas, autorizadas evidentemente por Dios, o solamente de la lucha abstracta entre el bien y el mal, el primero personificado en el pueblo de Israel, el querido del Creador, y el segundo en los que profesaban diferentes religiones, contrarias a la del mencionado Creador? ¿No se puede creer que los Israelitas triunfantes, quisieron justificar sus ímpetus guerreros, con la autorización de la Divina Majestad? Cómo se puede explicar la contradicción palmaria entre los textos que acaban de leerse, de sangre, de exterminio, de incendios, de perfidias, de crueldades, y uno de los augustos preceptos del Decálogo, “no matarás”? Dice también la Biblia en el mismo antiguo Testamento: “Entonces Josué habló a Jehová, el día en que Jehová entregó a Amorrheo, delante de los hijos de Israel, y dijo, en presencia de los Israelitas: ¡Sol, detente en Gabaón; y tú, Luna, en el valle de Ajalón! — Y el sol se detuvo, y la luna se paró, hasta tanto que la gente se hubo vengado de sus enemigos. ¿No está aquesto escrito en el libro de Jeshé? Y el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero.”

“Se suponía, según estas palabras, que el sol se movía al rededor de la tierra, como lo enseñaron los Santos Padres, fundados en los versículos citados; pero lo contrario comprobaron,

y hasta ahora dura esta convicción, Copérnico, Galileo, Colón, Magallanes, Vasco de Gama, con sus viajes heroicos los tres últimos, y la doctrina Heliocéntrica, enseñada en lo antiguo por Filolao, Pitágoras y Arquímedes. Necesario es esclarecer el sentido figurado de las frases citadas en la Biblia, para continuar teniéndola por libro infalible. ¿Cómo presumir que la guerra ha de ser de institución divina, cuando no estriba su moral ni en defender la propiedad, pues que la ataca, en bien únicamente de Israel? Si es forzoso entender literalmente, los cuadros que se han presentado como transcritos de la Biblia, son inicuos, y se ofende el criterio de la humanidad, si se quiere que se los acepte como buenos. La crueldad, la venganza, el homicidio, no lo son. Matar a otro es cosa horrible, y la muerte no debe ser impuesta sino por defender nuestra vida. Hé ahí por qué justificaría yo la muerte dada a un tirano. La vida es más respetable que la propiedad; y sin embargo castigamos al que roba, no al que mata: éste último es declarado prócer. Han hablado en contra de la guerra algunos sabios, pero nunca lo hicieron los pueblos, con el ánimo de eliminarla de leyes y costumbres, y sustituirla con los resortes tranquilos, propios de la condición moral, de la facultad intelectual, de la civilización, como lo está haciendo en nuestra patria, obscura, desconocida del mundo, una

mínima sección de la mitad de nuestra raza. Nuestras mujeres quieren suprimir la guerra en nuestra patria, esperando que este ejemplo sea imitado luego en las vecinas, quizá luego en todo el Continente, quizá, en el transcurso de los años, en el resto del planeta. ¿Es esta pretensión ridícula o sublime? Nadie se ha reído entre los que hemos escuchado la lectura; todos hemos oído con el pasmo con que se suele oír lo grandioso. Así lo escuchará toda nuestra patria, muy en breve, así lo escuchará la Nación enemiga, así lo escucharán, por ventura, todas las naciones. El instrumento es diminuto; pero el sonido puede llenar toda la atmósfera terrestre. Antes de discutir una proposición que nos ha admirado, por la utilidad e inmensidad del beneficio, acordemos un homenaje de veneración al bello sexo, a nuestras insignes compatriotas, porque la idea es apostólica, sublime entre las que han agitado los cerebros."

Todos los Senadores y Diputados, pues la sesión era plena, se pusieron en pie, a una insinuación del Presidente. Entonces el Secretario dijo:

— El Congreso ha acordado un homenaje de admiración al bello sexo de esta capital, por su Manifiesto en contra de la guerra.

Los aplausos de la barra fueron estrepitosos.

— Quizá lo dicho no sea bastante para el convencimiento de los que opinan en contrario, prosiguió el Diputado Miranda. ¿Por qué no he de defender un dictamen del Memorial que discutimos, rechazado, sin verdad, por el Senador Sr. Contreras? “Jesús quiso que la mujer fuese esposa y se colocara al nivel del hombre, dice el Memorial; pero los intérpretes de Jesús prescribieron el celibato, deificaron la virginidad, condenaron a la mujer al monjío; y por intereses monetarios, pusieron en venta el permiso para la realización de matrimonios”. Y el Sr. Contreras contesta: “Decir que los sacerdotes inventaron el celibato, deificaron la virginidad, condenaron a la mujer al monjío, contra la voluntad de Jesús, no solamente es inmoral y falso, sino herético, y merece la condenación de Nuestra Santa Madre Iglesia”. ¿Cuándo el Hombre Dios instituyó el celibato? ¿No son palabras de Dios, “Creced y multiplicaos?” ¿No fueron casados los primeros Papas? ¿No ha sido la Iglesia la que ha preconizado la virginidad como digna de observarse, en oposición a la virtud del matrimonio? ¿No fue la Iglesia la que estableció, aprobó el monacato de hombres y mujeres, muchos siglos después de la venida del Señor? “El hombre (con propiedad el clero), mira con odio el himeneo, escoge el celibato, y se hace parricida de los hijos que deja de engendrar, acaba de

decir, ingeniosa y justamente, un escritor contemporáneo (1).

“Preciso es considerar en una afirmación terrible, que acaban de hacer las mujeres: “Quebrantaremos las leyes naturales, así como vosotros las quebrantáis, quitándoos la vida unos a otros, si persistís en ser guerreros: si los mismos padres han de matar a nuestros hijos, ¿para qué los concebimos?” La mujer es capaz de sostener este propósito, porque, para ella, es santo el heroísmo, en defensa de las ideas por que se sacrificó el Hombre del Calvario. El varón tiene que rendirse primero, doblegado por un sentimiento, que en él es fuego que consume: se desplegará a sus ojos una lóbreguez inmensa y espantosa, con la eterna despedida de su amiga. El amor, de un lado; la pasión sanguinaria, de otro: las caricias, el aliento celestial, aquí; la venganza, el olor de la pólvora, allá: la vida, con todos sus regocijos, a la diestra; la muerte, con toda su horripilación, a la siniestra. . . ¡Separarse de la mujer, para siempre, o despedazar el hombre la espada, para no volver a empuñarla! Enérgica es la mujer, más que el hombre, cuando se convence de que desempeña un augusto apostolado. ¡El amor

(1) El colombiano García Vázquez. — “Revaluaciones históricas”.

es una fuerza, capaz de acometer, cuerpo a cuerpo a la guerra!

“Claro está que el bello sexo ha de formar una asociación en todo el mundo, la cual ha de ser imperecedera, porque el objeto es el más alto de cuantos han fatigado el cerebro de la Historia. Formada esta asociación, interpuesto entre ella y la guerra, el raciocinio antedicho, dividida la humanidad en dos inmensos bandos, evidente es que ha de comenzar a disminuirse el de los hombres, convencidos los sensatos de la solidez del argumento femenino. En multitud han de ir los hombres tomando este partido, dejando en aislamiento a los guerreros, quienes se han de amilanar con su derrota. Sustituirán a la guerra otros medios, el convencimiento sembrado por el raciocinio y la evidencia, con la mano de la amabilidad, por ejemplo, y la humanidad descansará en la tranquilidad brindada por la paz. Satisfactorio será para el hombre haber sido vencido por la mujer, en tén sobrehumana contienda. La mujer está emprendiendo hoy esta faena, en un teatro diminuto; pero no muy tarde alcanzará a dilatarse. La empresa es realizable, y la mujer es la única que puede conquistar buen éxito. El amor es, en la naturaleza, el lazo divino que liga a los hombres, y la sacerdotiza del amor es la mujer. Hasta ahora, la mujer no ha tenido parte poderosa en la Civilización antigua ni

moderna: no ha vivido sino protegida por la Civilización dada por el hombre. Entra ya en acción la parte de la humanidad, tenida por más débil, y su primera obra va a ser la PAZ UNIVERSAL."

Calló el joven Diputado, en medio de palmo-
teos incesantes: no hubo una palabra más. El
Presidente ordenó pasara el Memorial a una
Comisión, compuesta de cinco Legisladores.

CAPITULO VII

ARMAS DE LOS TRADICIONALISTAS

En los primeros amores, la ausencia es el mayor de los tormentos. La imaginación, en vez de mitigar, recrudece la congoja. Y cuando uno de los ausentes corre un gran peligro, y el otro está en imposibilidad de evitarlo, la aflicción llega a ser incomparable. Rosa la soportaba en silencio, a pesar de su edad, y sólo lloraba cuando caía en brazos de Isolina. Había recibido un telegrama, en que Maldonado le avisaba le escribía, y el correo era esperado con ansia por ella. Se levantó un día a la aurora, a ver, desde la ventana, el horizonte, a contemplar como se iluminan las nubes de Occidente. Las cumbres magestuosas verdinegras iban presentándose doradas, a los primeros resplandores del astro luminoso. Se imaginaba que Maldonado la veía, que la saludaba con la mano, que su rostro estaba triste, que iba per-

diéndose en las nubes, hasta hundirse en lontananza, llamado apresuradamente por la muerte. Viniéronle las lágrimas. Iba a retirarse del balcón, cuando abajo oyó una voz, que pronunciaba su nombre en la calle. Era su vecina Rosario, beata entre vieja y joven, vestida de sayo y manta negros, en camino a alguna Iglesia.

— ¡Rosita!, le gritó: no salga a la calle, porque le ha de ir mal: están furiosas las familias vecinas, porque Ud. es una de las firmantes de ese papelón herético, que han leído en el Congreso. Todo el mundo se rie e insulta a Ustedes, aunque una de Ustedes sea la mujer del Presidente. De Ud. dicen cosas horribles. Mejor es que no salga

— Así lo haré, contestó Rosa, y se retiró.

La rabia no era solamente de las familias vecinas, sino de toda la población, sometida al fanatismo religioso. El Gobierno era pseudo liberal, reñido con los conservadores y los verdaderos liberales. La conmoción experimentada por los conservadores o clericales, apenas se leyó la exposición de las Señoras en la Legislatura, y apenas los sacerdotes anunciaron que era herética, fue violenta y extremada. Los sacerdotes empezaron a predicar, con la lectura de la Biblia, y a negar la absolución, si confesaban, a las penitentes enemigas de la guerra. Casi todos los viejos mostraban mal

gesto a las mujeres, pues muy pocas quedaron, amigas del derramamiento de sangre. Los jóvenes sí, aún los conservadores, se mostraban entusiastas. Para ellos había caducado la Biblia, a las iluminaciones del pensamiento femenino. Las mujeres llamadas herejes, ya no podían andar solas por las calles, porque recibían insultos de la plebe, azuzada por beatas y devotos. Las más tímidas, viéronse en la necesidad de ponerse en reclusión. No conocían las míseras que había otra arma más potente, de la que podían usar sus enemigos. Esta arma era la calumnia. La batalla con la opinión pública, por medio de la argumentación, basada en la Historia, en la ley natural, en los sentimientos del ánimo, en la delicadeza, en la ternura, en la decencia, no fue cruel; pero lastimó la calumnia, y la escena se convirtió en nauseabunda. La primera víctima fue Rosa, persona sagrada, por su inocencia, su candor, su sencillez. Entró del balcón, turbada por la acusación de la beata; pero no desfalleció, porque dicha acusación no era concreta ni directa: quiso saber algo más, y mandó alcanzar a la beata y llamarla.

— ¡Buenos días, vida mía!, dijo ésta, no bien apareció. ¡Cuánto la he compadecido, cuánto he llorado! Yo no hubiera creído, ni creo; pero las malas lenguas, todo lo envenenan. Ape-

nas sale Ud. a la vida, pobre niña, y ya se le atribuyen pecados horrorosos.

— ¿Qué dicen?, murmuró la joven, temblando.

— ¿Para qué he de repetir, criatura?

— Para que yo me entere, ya que se trata de mí, dijo Rosa, con firmeza.

— Dicen, continuó la beata... Pero perdóneme, porque, si digo, es por empeños de Ud... No... Mejor es hacerse la *por la señal* en la boca.

Y la selló con una cruz.

— Sin duda son invenciones de Ud., dijo Rosa, impaciente.

— Pues le he de decir... Lo que oigo es que un militar que fue a la guerra, le ha engañado a Ud., ofreciéndole casarse.

— ¿Qué?, dijo Rosita, poniéndose encendida.

Luego sonrió, pero ya lívida. La impresión fue tan poderosa, que se desmayó la pobre niña en el asiento. Al ver el espectáculo, la beata salió corriendo: la vió la madre de Rosita, y entró al aposento, apresurada.

— ¡Mi hija! ¡Se muere!, gritó.

Dichosamente fue transitorio el desmayo; y con los cuidados, tornó en sí, acto continuo. Cuando cobró fuerzas, se vistió, pidió permiso a su madre, subió al automóvil y partió, en busca de Isolina. Esta se hallaba en la azotea, también triste. Al ver la palidez de su amiga, dio

un salto y la recibió en sus brazos. Lloró Rosita amargamente y la acompañó Isolina, interrogándole.

— ¡ Me calumnian, me calumnian!, respondió Rosa, entre sollozos.

— ¿ Qué han dicho ?

— Cosas muy feas... Me atribuyen un crimen.

— Pero si no es cierto, ¿ qué caso haces ? ¿ Eso te ha impresionado, angelito ? El lodo de la calle no ha de ensuciar tu semblante: un poquito de agua y un pañuelo, lo remedian.

— No es eso... Están diciendo una cosa muy mala, espantosa...

Y se cubrió el rostro con ambas manos, y rompió a llorar de nuevo.

— Digan lo que quieran... Tú estás en el convencimiento de que cuanto dicen es calumnia... Pues da por supuesto que no lo han dicho. Si aquí hay 100 000 habitantes, los 80.000 son niños, y no saben lo que dicen. Estos niños están dirigidos por personas maliciosas y malignas.

— Y lo peor es que nada sé de él...

— ¿ De Maldonado ?

— Sí, pues.

— ¿ No recibiste un telegrama ?

— Hace tres días; pero carta no llega todavía.

— En uno de estos días llegará. ¿Ignoras que nuestros vecinos no nos consideran ni respetan? ¿No sabes lo que dicen de todas nosotras?

— Lo presumo, por lo que han dicho de mí.

— Lo mejor es esperar el éxito, serenas. No nos ha de sobrevenir afrenta ni desgracia. Si perdemos, en nosotras no habrá sino compasión por los contrarios.

— Tú no corres el peligro de que ninguno de los tuyos sea inmolado. . . .

— Tú sí, pobrecita. Pero no sabemos si la guerra continúa o ha cesado: no sabemos si los ejércitos se han aproximado uno a otro.

— Pero ¿porqué no me escribe Rafael? ¿Porqué me ha olvidado, si sabe que le quiero?

— Vendrá carta, ten por seguro. Nuestro proyecto va adelante. ¿No sabes que se ha discutido ya en el Congreso? ¿No has leído los diarios de hoy?

— No he tenido tiempo.

— Un viejo, el Sr. Contreras, ha hablado en contra; pero Arturo Miranda, en favor; y éste, con elocuencia persuasiva.

— ¿De manera que nuestra idea es acogida?

— Todavía no; pero lo será muy pronto. Dicen que el Clero reprueba el proyecto, porque la guerra está autorizada por la Santa Biblia.

— Que lo esté. La Biblia es muy antigua. Cuando se escribió, la guerra habría sido necesaria: ahora ya no lo es.

— A mí me parece que nunca lo fue. Los hombres no fueron sino ignorantes, porque no tuvieron en donde aprender. No tenían otro maestro que la propia experiencia; y ésta no podía darles lecciones, sino muy lentamente. ¿Y después de tantos siglos, hemos de someternos a lo que enseñó el primer hombre? ¿De qué vale lo que después han venido enseñando tantos sabios? Lo que nuestros antepasados sabían al principio no fue sino embestir, como el león y el tigre, con la fuerza bruta. Los descendientes de aquellos antepasados, han venido desenvolviendo la fuerza moral, la de la inteligencia, del corazón, de los afectos, y aprendiendo a enfrenar las pasiones. Todavía habrá guerreros, no hay duda; pero la guerra vendrá a ser el argumento en la discusión, no como la del león, el tigre, el toro. La Biblia rige todavía como código divino, es verdad; pero se va descubriendo que la Naturaleza es también código divino, y que, a veces, más acierto hay en este último, según he visto en el discurso de Miranda, en el Congreso. Tenemos que atenernos a lo que es menos cruel, menos sangüinario, y más noble, más amable, porque esto tiene que ser atributo del Altísimo. Mientras más corren los tiempos, más magestuoso se no

presenta el Creador del Universo. Que nosotras no salgamos victoriosas, puede ser; pero que nuestra idea ha de salir, quizá antes de que concluya el siglo, nadie debe revocarlo a duda.

Quedaron en meditación ambas amigas, como si la voz de la eternidad les hubiera hecho una advertencia. Relampagueaba el sol en el Ocaso, y los arreboles semejaban oro y sangre.

— Demos un paseo por el campo, dijo Isolina.

Se vistieron, se arreglaron, se engalanaron, se miraron entre ellas, sonriendo, y salieron.

El campo es una delicia, para los que viven en ciudades, forzados por los negocios, las obligaciones, el hábito. Conocen las desventajas de vivir aglomerados, con riesgo de perder la salud, cansados ya del contacto con personas a quienes ven todos los días, y sueñan en los aires viajeros y libres, en la inmensidad verdosa y azuleja, en el firmamento que abrumba y encumbra, en los risueños y misteriosos bosques, que ocultan caseríos deliciosos. Salir al campo es tomar un baño, después de haberse fatigado en atmósfera pulverulenta y pestilente. Los que conocen la vida, salen, en busca de soledad, tarde y mañana, de soledad llena de millores de vivientes, como las estrellas, los árboles, las aves, y su plática les renueva la existencia y les infunde el olvido de la muerte. No son los desocupados, tan solo: son los que se

han dedicado a la ciencia de vivir. Poco se conocía esta ciencia, en la capital de que estamos tratando: la conocían los monjes, los únicos que podían hacer su negocio, aprovechando las ocasiones oportunas. Padres de la Merced, Padres agustinos, Padres franciscanos, Padres dominicanos, Padres Jesuítas, vagaban, en grupos numerosos, por las llanuras que rodean la ciudad. Eran amigos de las Señoras paseantes, hasta entonces, y las saludaban; pero en aquella ocasión no las saludaron.

— ¡Muera la herejía, con faldas!, paso gritando un grupo de rapaces, que acababa de separarse de la tropa clerical.

Dos caballeros maduros, de aquellos que tienen costumbre de llevar escapularios y *detentes* (1), amigos de las Señoras, tampoco las saludaron.

— Es probable que estos señores nos tengan por herejes, por haber firmado el pedimento al Congreso, dijo Isolina.

El Presidente, quien tenía la virtud de respetar a su esposa, nada le había dicho, acerca del Memorial, después de la conversación de que hemos hablado. Del palacio, había salido a almorzar; y no hallando a la Señora en la casa,

(1) Especie de escapulario.

pasó en automóvil, a buscarla en el campo. Halló a las damas, y las invitó a subir.

— Hay exasperación en la ciudad, les dijo. El Congreso está reunido; pero ha postergado el asunto de Uds. Los clericales preparan un meeting para esta noche. La Policía está encargada de cuidar el orden, especialmente de cuidar las casas de todas las Señoras, que han firmado el pedimento. No deben salir Uds. a la calle. Seguro es que en el Continente están ya considerando el asunto de Uds. Esperen alabanzas

— ¿Y qué hay de nuestra guerra, Señor?, preguntó Rosa.

— Nuestro ejército y el enemigo descansan. El nuestro no se mueve, porque no va orden; y parece que lo mismo sucede con el otro.

Llegaron las amigas a la casa, como si salvaran de un riesgo, tanto les habían asustado las malacrianzas de los hombres, con quienes encontraron.

En la noche estalló el alboroto en las calles y plazas principales. Concurrieron todos los partidarios del Clero, hasta los niños de colegios y escuelas, y pasearon con banderas, vitoreando a la Iglesia, a sus autoridades, a sus creencias religiosas.

El populacho de la ciudad es infantil en su proceder, en sus costumbres, y también sumiso a las otras clases sociales, hasta extremos que

disgustan. En la clase inmediatamente superior, en los artesanos, los menestrales, en cierta especie de obreros, hay más independencia y cultura. Mientras tenía el pueblo por verdades inconcusas, todas las enseñanzas de obcecados, las obedecía, hasta embestir por ellas, provocando contiendas sangrientas. Desde que ha aprendido a leer y escribir, desde que se desayuna con diarios, desde que observa y reflexiona, profesa respeto a sí mismo, y respeta también al semejante. ¿Porqué había de ofender a las Señoras, si eran Señoras, y si ellas a nadie ofendían, con pretender que se suprimiesen las matanzas? Los púlpitos habían temblado, por preparar el meeting, las Iglesias se habían estremecido, con el concurso de supersticiosos y fanáticos; pero éstos habían desaparecido, a la hora de la manifestación. Todos se convirtieron en niños, reían y se regocijaban, aclamaban a Moisés, a Josué, a los Macabeos; pero ni una sola voz ofendió a la mujer. Nada tuvo que hacer la Policía. Las Señoras y Señoritas, reunidas en diferentes casas, se consagraron a bailes y a música, a reír y a chacotear con aquellas voces armoniosas. Los manifestantes contra ellas, las aplaudieron en varios parajes, y se retiraron, sin escándalo, a sus casas. La ciudad iba civilizándose: sin la noche en que hundió un malvado a toda la República, el usurpador a quien maldijo uno de sus cómplices, su pro-

greso sería real, y su predicamento notable en América.

Al día siguiente apareció una pastoral del Arzobispo: en términos afectuosos, paternales, deploraba este Prelado la irreverencia del bello sexo, y pedía, para él, el perdón del Creador, porque la atribuía a un extravío, dimanado de la compasión, de la ternura. Las Señoras, a inspiración de Isolina, resolvieron ofrecer un banquete al Arzobispo y a los principales sacerdotes, para oír sus argumentos y procurar persuadirles, que su intención no era antirreligiosa, sino únicamente humanitaria. Pasáronles esquelas.

La prensa, prostituída desde el advenimiento del usurpador, era prensa de dinero, no de reforma social ni política; no moral ni recreativa. Los escritos de Juan Simón eran los únicos de peso, los que daban en el clavo; pero no se publicaban sino rara vez, a pesar de que iban acompañados de monedas. No era el talento, no la verdad, no la elevación, lo que entonces brillaba: era el oro, y oro falso.

CAPITULO VIII

BANQUETE. — EL OTRO BELIGERANTE. — COMBATE

El banquete de las Señoras a los Sacerdotes, y a los conservadores y liberales respetables, fue sin pompa, con la modestia de los primeros agapes cristianos; pero cordialísimo, hermosísimo. Más había comodidad que lujo, más sencillez que boato, más armonía que estrépito. Las señoras se habían comprometido a presentarse con los vestidos menos ostentosos, sin joyas ni galas, blancos, y con copia de flores, el más bello de los adornos, cuando concurren mujeres. La benevolencia, la cordialidad, fueron generalmente mutuas. El sitio era un salón vasto, rodeado de jardines, en casa de una amiga de Isolina. No concurrió el Presidente, pero sí el Dr. Contreras, Arturo Miranda y varios Senadores y Diputados, de los que hablaron en la sesión consabida. A la hora del ofre-

cimiento, Isolina tomó la palabra: "Hemos provocado este agasajo, Ilmo. Sr. Arzobispo y respetables Señores sacerdotes, para demostraros que teneis en nosotras, verdaderas auxiliares, en la profesión que desempeñais, con consentimiento del Altísimo, profesión de las más sobresalientes, y por eso, de las más expuestas a ultrajes; y a los caballeros restantes, que conocemos y veneramos el mérito, tenemos consideración por los hombres, sea cual fuere su modo de pensar, y que la fraternidad nos encamina, sean o no grandes los obstáculos, en el sendero, por el que avanzamos a la altura. No queremos tener enemigos, porque nuestro Dios lo prohíbe, cuando nuestros semejantes conservan este título. Diferencias en ideas, relativas a un objeto, que no es daño particular ni general, no pueden ser motivo de enojo, especialmente entre gerarquías honorables, destinadas a ser justas y a suministrar felicidad a los humanos." Fue aplaudido este discurso y contestado por el Ilmo. Arzobispo: "Si no hubiéramos sabido que vosotras sois nobles, cultas y cristianas, como debe ser vuestro sexo, discretas y venerables Señoras y Señoritas, habríamos rehusado aceptar vuestra cariñosa invitación, por temor de que abrigaseis en vuestra alma, animadversiones que no son de gente delicada. Vuestra compañía nos honra y nos deleita, nos inspira confianza en el progreso, a que tiene

que aspirar el Cristianismo, cuyo único objeto es el mejoramiento del hombre, para que alcance la bienaventuranza celestial. Sin virtud, no puede haber progreso; y la virtud se manifiesta, desde luego, por el grado de consideración que el hombre tiene al hombre, palabra en que está comprendida la mujer. En este sentido, el proyecto que habeis elevado al Congreso, es sublime: no quereis la discordia, sino la paz; no el enojo, sino la dulzura; no el ceño, sino la sonrisa... Pero ¡ay!... Acaso será mejor no proseguir... Todos estamos impedidos de investigar los inescrutables designios del Eterno. Todos nosotros somos sus criaturas, somos átomos. En esta vida, todo bien exige sacrificio; y nuestro deber es hacerlo, cuando se trata de un precepto del Altísimo. Bendigámosle en la hora presente, porque nos permite regocijarnos en un agape evangélico, ofrecido por las que educan al hombre, inclinándole hacia las acciones virtuosas. La mujer es quien educa al hombre, y a ella tenemos que agradecerle, por los beneficios debidos a la buena educación, que es el conocimiento de la vía que nos eleva a la felicidad."

También fue aplaudido el Arzobispo. Las pláticas y las risas tenían la sencillez de la infancia, el donaire de la cultura, la gravedad de la sabiduría y la experiencia: la atmósfera estaba suave y preñada del reposo de la pudicia.

La función de música fue embelesadora. En el arte musical es hábil aquella población, en todas las clases sociales. La música es el ruido de la naturaleza, reducido a armonía, conforme a la índole, a la organización del oído de la persona que profesa aquel arte celestial. Donde hay algo trágico, la música es estupenda; donde hay quietud, la música es somnifera; donde hay arrullos, la música es suavísima; donde hay regocijo, la música es donairosa; donde hay muerte, la música es lúgubre. Donde esplendía tanta mujer bella, tanta joven hechicera, que se alternaban en el piano, como hadas, la música era conversación de los ángeles. Una Señorita de mirada noble, tocó "La raza vencida", composición moderna, pero inspiración antigua, que hace relación a los primitivos americanos. Quedó suspenso el auditorio, cuando llenó el salón esta armonía. Recoge el ronquido temulento de los hombres, después de su incomparable caída; la queja angustiosa de las mujeres, cuando levantan al cielo sus manos; la ceguedad del firmamento, el mutismo del espacio y la sordera de los tiempos; la resignación, finalmente, de una casta enorme y fuerte, que puebla las cumbres andinas, imposibilitada de retirar de su cuello el pie del vencedor. . . "La raza vencida" trae a la imaginación, los efectos infames de la guerra. ¡Era más civilizada, más

virtuosa, más feliz de lo que fue la vencedora! (1).

Mientras los Sacerdotes, los viejos, las Señoras graves, permanecían en reposo, en conversación severa, la juventud se consagró al baile, rebosando de alegría. Muchas jovencitas tenían a sus novios en peligro, en el ejército que había marchado a la guerra, y se lamentaban, entre ellas, en secreto. El amor aleteaba en esa atmósfera, semivoluptuosa y monacal: no falta el amor, donde la mujer respira. Panchita Arboleda era una de las beldades, y Arturo Miranda, uno de los jóvenes apuestos. ¡Cuántas flores vistosas y aromáticas se ostentarían en los jardines de la vida, si no las arrasara el huracán de la guerra, desencadenado por las pasiones de los hombres!

El banquete engendró en el público intervenciones más o menos eficaces, en favor del apostolado femenino: todos decían que las mujeres habían ganado a los Sacerdotes, y por consiguiente a todo el público de la capital. En un diario, se leía el trozo siguiente: "De este Gobierno, de esta Legislatura, de este ejército, del sistema que actualmente nos rige, depende que nos lavemos de una mancha inveterada, que la

(1) "La raza vencida" es composición de un vecino de Cuenca (Ecuador), cuyo nombre ignoramos.

espada de Damocles se rompa, que entremos en la Civilización, tratándonos, unos a otros, como hermanos, que demos el primer ejemplo de fraternidad verdadera, del que, con el tiempo, se aprovechará la humanidad.”

La Señora esposa del Presidente de la Nación adversaria, había ya recibido la carta de Isolina: la leía varias veces, para comprenderla bien, porque le parecía tan increíble, y al mismo tiempo tan humanitaria: al principio la leyó con sonrisa, y más luego, con admiración. “Tuve que confiar al Presidente mi proyecto, decía Isolina, porque es mi esposo; pero le afirmé que no me sometería a su dictamen, porque pertenezco a mi sexo, antes que a él; y le solicité procediera como caballero. No puedo decirle nada de la conducta de Ud. con su esposo, porque ha de conocerlo mejor que yo.” Vióse con sus amigas íntimas, luego con todas las Señoras; y todas se entusiasmaron mutuamente, porque se apasionaron por la idea. Fundaron Juntas numerosas, tanto en la capital como en los Departamentos, y elevaron peticiones al Congreso, más o menos persuasivas y elocuentes. La contestación a la carta fue hermosa y entusiasta. El cable les había informado de lo que ocurría en la Nación vecina. Luego aparecieron en los diarios el Memorial y los discursos. La seriedad de que se iba revistiendo el asunto, exaltó fogosamente a las damas,

quienes pretendieron exceder a las que habían incoado la empresa. La población era más numerosa, y la gente ilustrada, mucho más; y no habría sido difícil el propósito, si la gloria de la iniciación hubiera podido borrarse. Empezaron por el encomio a sus idolatradas amigas; admiraron su valor, porque sabían que luchaban con fanáticos; las colocaron entre las más excelsas heroínas. Los legisladores se inmortalizaron, porque no tuvieron cómo resolver, tan ardua era la dificultad encontrada en las actuales costumbres; y a imitación de los vecinos, aplaudieron a las damas y enviaron a una comisión el pedimento. Hubo discursos fervorosos, muchos en pro, pocos en contra; pero pocos fueron los legisladores decididos. Sucedió lo que en la Nación vecina: el nombre de la esposa del Presidente se hallaba también al pie del Manifiesto; y la mayoría no se resolvió a ofenderla. La ventaja que se obtuvo, fue la algarazara de la prensa: en pro estaban muchos diarios, en contra, pocos, en consideración a la Presidenta, por homenaje a la mujer, y porque el riesgo era menor, a causa de la menor influencia clerical. El papel de los hombres era divertido: la mayoría de ellos no tomaba el asunto en serio, mas procuraba defender la opinión femenina. Con frecuencia aparecían de visita, caballeros conocidos como ministeriales;

y su conversación variaba, según eran los oyentes:

— Tienen Uds. razón de sobras, decía un Ministro de Estado, en presencia de Señoras respetables. ¿Toda la vida las mismas costumbres, por bárbaras que sean? ¿En qué consiste entonces el progreso? ¿En simples descubrimientos materiales, útiles, desde luego, pero no de los que mejoran el alma, la cultivan, la ennoblecen, moderan las pasiones violentas y temibles? Los que se han propuesto estas reformas, han fracasado, en su mayor parte, porque han caído en la trampa, que ellos querían destruir. Los que han predicado pobreza, han caído en la opulencia; los que han predicado castidad, han caído en impureza; los que han predicado mansedumbre, han reventado de iracundos. ¿Será porque el hombre es débil, o porque menos poder hay en la virtud que en el vicio?

Y el mismo Ministro, en los Consejos de Gobierno, opinaba que la guerra estaba en la naturaleza del hombre.

Hubo banquetes, bailes, discusiones animadísimas, en los clubs y casinos, manifestaciones públicas, como *meetings* cotidianos, todo en aprobación del divino apostolado.

Empezaron a llegar a las dos Naciones quillosas, los dictámenes de los diarios americanos, inclusive los de Estados Unidos, respec-

to de un negocio de tanta trascendencia. Unos decían que, para abolir la guerra, era menester extirpar el linaje humano, porque la guerra era condición innata; otros decían que la cuestión no podía ser resuelta por una ni dos naciones, antes de consultar a todas las del orbe; otros decían que a la mujer no se le podía dar tanta intervención social ni política, sin resignarse a soportar frecuentes decadencias, y sin obviar la dificultad de escoger las más aptas, porque la mujer es menos conocida que el hombre, por su ilustración y facultad intelectual. No podían convencer estas argumentaciones, es claro. La costumbre viene a formar segunda naturaleza: la guerra ha sido costumbre, desde los primeros hombres, porque el amor a la propiedad y la cólera lo han sido igualmente: la ignorancia les ha ayudado a conservar dicha costumbre, pues aún hoy mismo, no es ilustrada la mayoría. Si la humanidad tiende al mejoramiento, ¿cómo ha de suponerse que la costumbre de matar al hombre en la guerra, no ha de modificarse con el tiempo, a medida que el hombre sea más generoso y compasivo, y vaya adquiriendo dominio sobre sí, de manera de convencerse que vale más agradar que ofender? ¿Qué progreso ha de existir, si siempre ha de ser necesario matar? Que dos naciones no puedan decidir, sin consultar al mundo, es evidente; mas también lo es que ellas puedan dar

ejemplo, y resolver respecto de ellas solas, según la noción más clara del derecho. Si el ejemplo es bueno, lo imitarán todos los hombres, sin tardanza. La inferioridad mental de la mujer, si ha sido cierta y es todavía, ¿por qué no puede depender también de la costumbre? Ya hemos observado que, desde el origen del hombre, prevaleció la fuerza de éste, la física, pues la moral quedó desconocida: la moral, que es de la mujer, por el embeleso y la ternura. ¿Qué experiencia hay de la inhabilidad de la mujer, para la formación de las leyes? Puede ella dar idea; y el desenvolvimiento de esta idea tiene que ser incumbencia de los hombres. Desde que la mujer sea llamada a legislar, se consagrará a ilustrarse e instruirse, y se dará a conocer hasta en las ciudades populosas. No son impedimentos graves, para el desempeño del Gobierno, el cuidado de los hijos, ni las minuciosidades del hogar. Todo puede quedar facilitado, con reglamentar la alternativa. No hay otro inconveniente que la no concurrencia de toda la especie humana, para llevar adelante el proyecto; pero concurrencia que ha de acaecer lentamente, con el tiempo. En los diarios de los Estados Unidos no se habló sino de la importancia de abrir la discusión, concediendo a las naciones, ya aisladas, ya en conjunto, el derecho de decretar

acerca de la estabilidad o la abolición completa de la guerra.

Acaeció un incidente inesperado, que cubrió de luto a ambas Repúblicas, y consternó al sexo femenino. El General en Jefe de una de ellas, de la que recientemente discutía el proyecto antiguerrero, supo, en el campamento, el prestigio que dicho proyecto iba adquiriendo, y su probable triunfo en el Congreso; e irritable y voluntarioso, como era, no vaciló en atropellar todo inconveniente. Ordenó, pues, acometer al enemigo, aun cuando se hallaba a considerable distancia. Caminaron día y noche, y una tarde llegaron a avistar al adversario, quien se hallaba desapercibido en un valle. Reparó en los asaltantes, cuando descendía por el declive de una loma, y marchó un batallón a combatirlo. Por desgracia iba en él la flor de la oficialidad de la República, jóvenes de distinguidas familias, apuestos y llenos de atractivos. Viendo los asaltantes que la resistencia era vigorosa, a pesar de que los asaltados peleaban desde abajo, se atrincheraron en una grieta de la escarpa, y desde allí sembraron la muerte a mansalva, siendo reforzados por columnas que iban descendiendo de la loma. La juventud asaltada caía sin auxilio, porque tardaba en llegar el que del campamento le enviaban. Murió el Coronel Riofrío, primer Jefe del cuerpo, y murió también el segundo. Entonces el Ma-

yor Maldonado, febril con el coraje, tomó el mando y avanzó el primero, con ánimo de flanquear por la ladera y colocar a su batallón encima de la grieta. La pendiente quedaba cubierta con los cadáveres de sus impetuosos compañeros. Avanzaba y avanzaba, seguido de sus impertérritos soldados. De repente recibió un balazo; pero no cayó ni vaciló. Cuando el enemigo comprendió su intento y notó que se hallaba ya rodeado, pues el refuerzo de los asaltados llegaba ya a la grieta, en la que se veían muchos cadáveres, hubo de rendirse y enarboló bandera blanca. Un soldado vencedor mató a dos Oficiales vencidos, quienes ya no hacían resistencia e iba a matar un tercero, cuando Maldonado se interpuso, desvió el arma con violencia y dió un fuerte empellón al matador. En seguida cayó en tierra, pues empezaba el desfallecimiento, causado por la herida. Fue auxiliado por el enemigo, a quien acababa de salvar.

CAPITULO IX

INSISTENCIA

¡Figuraos el asombro y el dolor, y luego la exacerbación del bello sexo de ambas capitales, con más propiedad, de ambos Estados, al recibir la noticia del reencuentro en la frontera! En todos los hogares hubo llantos, acriminación violenta a los hombres, amenazas de las esposas de abandonar, para siempre, a sus maridos. El enternecimiento fue sincero, y el desaire recibido impresionó vivamente a las Señoras principales. Los salones de las Presidentas fueron los parajes adonde concurrieron las damas resentidas, a exhalar sus lamentos, expresar sus rabias, prepararse a resistir y buscar los medios de renovar la arremetida, con mejores esperanzas de buen éxito. A las Señoras Presidentas les costó gran dificultad evitar que las reclamaciones fueran elevadas a sus respectivos esposos, aun cuando ellas mismas tenían

la convicción de que ellos eran delincuentes. La Prensa deploró el combate y profirió imprecaciones contra los responsables de él. Los Congresos interpelaron a los Poderes Ejecutivos, los que no se explicaron satisfactoriamente al principio, sino con la negativa de que la orden no provenía de ellos. No muy tarde se supo el verdadero origen, la orden dada por uno de los Generales en Jefe, quien fue llamado, aprehendido y sometido a juicio, con extremado aparato, para dar satisfacción a las Señoras. Era un General anciano y aristócrata, parrabias y de cascos lucios, algo consagrado al vino añejo, fanfarrón y vanidoso como nadie, y aborrecedor del que combatía con él, aunque fuera un batallón de querubines. Fue condenado a deportación perpetua; y otro fue enviado como sustituto, porque todavía estaba pendiente la discordia. Este anciano debió ser condenado a la picota, porque su crimen fue abominable, trascendió a dos Naciones ya inclinadas a la paz. Del ejército asaltado murieron cosa de 130, y 36 fueron ya esclarecidos, jóvenes de brillantes esperanzas, la mayor parte, de la capital, unos casados, otros novios de Señoritas, pertenecientes a la Junta enemiga de la guerra. En el público se había recibido en globo la noticia, con exageración, respecto al número de muertos; pero se ignoraban pormenores, como los nombres de las víctimas. El

Presidente procuró ocultarlos, y aun se fugieron telegramas; pero no pudo ocultar a Isolina, quien agonizaba de angustia. No rehuía, sin embargo, ver a sus amigas, y las consolaba, con una presencia de ánimo asombrosa. El valor es otra muestra de la elevación e importancia femeninas: la mujer arrostra las dificultades con mayor eficacia que el hombre, cuando se ve obligada a la lucha con ellas. El hombre no ha querido que ella luche, y por eso las heroínas son raras.

Las Señoras se encerraron en sus casas, y no iban sino a las de sus amigas, que se hallaban en iguales circunstancias: no sabían si sus maridos eran de los muertos. Para las novias, la angustia fue enormísima: no todas lo eran formales, y muchas no habían revelado aún su compromiso: el amor era una azucena, contemplada por quien la cultivaba únicamente. Nada podían saber de sus novios. Forzoso les era poner semblante alegre, si de repente se encontraban en presencia de extraños. Lloraban y lloraban mucho, al verse solas. Adonde acudían a menudo, era a casa de Isolina, quien las recibía, procurando aparentar tranquilidad. A Rosa no le había llegado la triste noticia, porque en todos aquellos días, no había acudido a las reuniones. El rumor que más cundía era el de la muerte del Mayor Maldonado. Una mañana fue Rosa a casa de Isolina, y se sor-

prendió al encontrar allí a muchas Señoritas y Señoras. Al estrecharla en los brazos, guardaron la correspondiente reserva, en previsión de que ella podía ignorar la desgracia. A una le acudieron las lágrimas, a despecho de su voluntad: Rosa la miró asombrada, y lloró también. Entonces se generalizaron el llanto y los sollozos.

— Lloran Uds. por imaginaciones, dijo Isolina, conteniendo las lágrimas y aparentando sonreír. ¿Suponen Uds. que ya ha habido sangre o temen algo?

— ¡Tememos, hija, tememos!, dijo la Señora de Guerrero. En los hombres no se puede tener confianza: son inconsiderados, violentos, calaveras. Ven al enemigo, y se precipitan como si él fuera de lana.

— Pero la herida no es de gravedad, entró diciendo una estantigua, que parecía beata. Acaba de asegurármelo un Oficial, amigo mío, quien ha llegado ayer. Lo que ha sucedido es que el Mayor Maldona...

Se interrumpió por un ¡ay! del concurso y por la lividez de Rosita, quien empezó a desmayarse, en brazos de las más inmediatas. Vuelta en sí la pobre Rosa, pudo abandonarse al llanto, en silencio, hasta que Isolina consiguió consolarla, ya con caricias, ya con la narración verdadera del suceso. Procuró enorgullecerla, elogiando el valor y la generosidad de Maldo-

nado, y describiéndole la levedad de la herida. Generalizada la conversación, atendida y considerada Rosa por la concurrencia, llegaron a preparar, con ardor, la prosecución de la campaña. Ya no desconfiaban del bello sexo de la Nación enemiga, con el cual mantenían correspondencia constante y acordaron el procedimiento futuro. Se resolvieron a dirigir una pregunta al Presidente, por medio de su esposa; y luego a hablar con Juan Simón, luego con Miranda y los Legisladores amigos. Se disolvieron, llenas de nuevas esperanzas. Rosita se quedó con Isolina: almorzaron juntas; y de sobremesa, el Presidente se detuvo con las dos, a insinuación de su esposa.

— Desean saber las Señoras, y tú eres quien debe satisfacerlas, (todo en confianza y con la mayor lealtad), si consideras impertinente su insistencia ante el Congreso. Parece que éste tiene el ánimo de no resolver nuestro negocio, mientras no saber si el Poder Ejecutivo celebra o no ajustes de paz. Me han encargado te haga esta pregunta.

— Yo no la contestaré inmediatamente, porque el Gobierno enemigo está en el deber de satisfacernos por el último combate. En parte ya lo hizo, con el juicio a su General en Jefe; pero él es quien debe prometernos la paz, alegando la mediación de las Señoras, cosa de su-

ma trascendencia, a pesar de que no la prescriben las leyes.

— ¿Pero esta proposición no podría ir también de aquí? Más grave es el motivo, desde que aquí se empezó la mediación.

— El combate imprevisto ha venido a ser un inconveniente. Respecto de si debe o no efectuarse la insistencia de Uds, yo no tengo porqué considerarla impertinente; y mi opinión es que debe realizarse enseguida, porque ella dará ocasión para que el Congreso atienda a sus deberes.

Trasmitió Isolina inmediatamente esta noticia a sus colegas, y ellas se consagraron, afanosas, al trabajo. Panchita Arboleda y Juan Simón Escobar escribieron, de consuno, el segundo Manifiesto, que fue aprobado por la Junta femenina, antes de su presentación al Congreso. Grupos de ella hablaron con Miranda y otros Legisladores amigos, los que aprobaron la insistencia, con esperanzas de victoria. Hé aquí fragmentos:

“No sabemos porqué no os habeis dignado atender a nuestra súplica. Se ha derramado sangre, a pesar de nuestros ruegos, y vosotros pudisteis contribuir a evitarlo. Nuestra insistencia es ahora indispensable. Se ha despertado ya en todo el Continente, la idea de salvar a la humanidad de tanto oprobio y tanta ruina; y quienes la engendraron, deben madurarla, vi-

gorizarla, robustecerla, difundirla, hasta que llegue a situación de dar buen resultado.

“ La guerra es enfermedad mundial; y para extirparla, deben concurrir todos los hombres. No pedimos que nuestro Congreso legisle para el mundo; pero sí que declare que la guerra es crimen, y se esfuerce en irla borrando de las leyes. El ejemplo más estupendo, más convincente, más real de que la guerra es atentado, invención de los malvados, no de los hombres buenos, mucho menos de los hombres eminentes, y todavía menos, de Dios, es la que acabamos de presenciar en Europa, con pavor hasta de los infiernos. Esa fue la obra de cocodrilos y panteras, de tigres y serpientes, de demonios. ¡ Guerra, un huracán envenenado, que en un pestañeo, inmola millones de hombres; guerra, un océano de petróleo encendido, en violenta tempestad, cuyo oleaje arrasa campos y ciudades; guerra, un dragón tan grande como el globo, que devora todo lo debido al genio, a la constancia, el esfuerzo humanos, en el sinnúmero de siglos pasados! Un Continente, podemos decir, entregado al filo de la espada, al furor de las llamas, a la violencia impetuosa de cañonazos horribles, lanzados de la tierra, del aire y del agua, feneciendo, consumiéndose, víctima de fuerza mayor, como de volcanes enormes, de borrascas ingentes, de un terremoto simultáneo, en la superficie del glo-

bo... Cuatro años ha soportado noticias el mundo, de nuevas calamidades, nuevas destrucciones, nuevas tragedias horripilantes... ¿Y tantos cataclismos, por qué? Un hombre, unos pocos hombres poderosos, infunden en ochenta millones de sus compatriotas acostumbrados a obedecerles, a humillarse ante ellos, porque eran monarquistas, la idea de dominar al mundo; y se arman, y se lanzan, y atropellan a Naciones menos fuertes, no preparadas a resistir, a defenderse; y las arrasan, y las incendian, y degüellan a sus habitantes, y obligan al resto de Europa a la lucha, y la guerra se vuelve inmensa, universal. ¡Qué de sangre inunda, en cuatro años, a la floreciente Europa, al faro de la humanidad, en las épocas modernas! ¡Qué de lamentos, qué de maldiciones, qué de sollozos en todos sus ámbitos! ¡Y sólo por la pasión desordenada de un hombre, que pasa a ser pasión de muchos hombres, de un pueblo también floreciente, útil, distinguido! La intervención de Estados Unidos puso fin a aquella guerra inicua. Los Estados Unidos son de América, y nuestro Continente se está alzando sobre todas las naciones antiguas y modernas. ¿Matarse ha de ser la vida, por disposición de los hombres, dueños de ella? ¿Para qué hemos de concebir, repetimos, si tal ha de ser el fin de nuestros hijos? Podemos ir al sacrificio, si es necesario: en nuestra alma ha pe-

netrado el espíritu apostólico, y no descansaremos, hasta que consigamos feliz éxito. La perturbación trastornará nuestros amados hogares; pero con todo lucharemos, porque el beneficio será para la humanidad, para todos los siglos venideros. ¡Sereis vosotros, conciudadanos nuestros, los únicos culpados!"

También otra vez se conmovió el Congreso, también hubo aplausos, también discursos elocuentes; y partidarios de las antiguas creencias, de preocupaciones y supersticiones, declamaron, declamaron, oponiéndose a los racionios y conclusiones modernas.

"¡Y bien!, dijo uno de muchos jóvenes tercios, en cuyo entendimiento no podía entrar idea de reforma, por útil que fuese a la sociedad humana: "demos que obremos con justicia, que estatuyamos la paz en nuestras leyes; ¿qué provecho vendrá al mundo, sino la ocasión de reirse de nosotros? Nos provocará guerra cualquier Estado más esforzado que el nuestro, por mofarse de nosotros, al ver que por debilidad y flaqueza, decretamos lo que no se acepta en parte alguna; y la guerra vendrá atraída por nosotros, en virtud de nuestros aspavientos antibélicos."

"No se halla el linaje humano como en los antiguos tiempos", le contestó el Diputado Miranda. "Una declaración burlesca de guerra, es imposible, porque la imposibilitará el Conti-

nente americano, y con tanto mayor eficacia, cuanto que la idea que proclama el bello sexo, es acogida en su recinto, como lo está demostrando la imprenta. Digno de risa no puede ser un pensamiento, cuyo blanco es la redención del mundo."

Quedó sin resolución todavía, predominó el miedo, el escrúpulo proveniente de la magnitud de la idea y de la pequeñez de la patria. Las Señoras lloraron en sus habitaciones, viendo eclipsado el sol de su esperanza. El pueblo empezó a rechiflar, con silvos en las calles, al Presidente, a los Ministros de Estado, a los Senadores y Diputados, contrarios al proyecto, y a vitorear a las Señoras, de modo tan ruidoso, que éstas se abstenían de salir.

En una y otra capital, empezaron a ser visitadas las Señoras, por caballeros influyentes, aún por los ministeriales, tuviesen o no antes amistades, y con el único objeto de hablarles de los asuntos sociales, provenientes del proyecto en contra de la guerra. Poco más o menos eran éstas las argumentaciones usadas en todas las visitas:

"La humanidad está viendo con asombro el proyecto luminoso de Uds., la opinión favorable es unánime; pero la combaten los poderosos, los guerreros, en cuyas manos está la suerte de los pueblos. Tienen que dejarla, porque se la arrancará la voz pública, es decir, la voz

también de los ejércitos. En la opinión pública prevalecerán Uds., porque ya tendrán derecho a opinar, y todo el género humano estará en el deber de escucharlas. Insistan, perseveren, porque no está lejano el buen éxito. Entre nosotros, el Gobierno está aislándose, porque, a fuer de valeroso, de belicoso, de varón de pelo en pecho, se resiste a acoger el proyecto de Uds.; y los que reflexionamos mejor, vamos, poco a poco, desertando, y buscando el bando de Uds., para ofrecerles nuestro pequeño contingente. No sólo aquí, sino en la Nación que nos ha amenazado con guerra, existe el mismo espíritu ardoroso por la paz."

A menudo llegaban cablegramas, cartas y periódicos de las naciones vecinas, en especial, de la Nación antes enemiga, ahora amiga, y de de las más fervorosas. Se estimulaban, se enardecían, cada cual urdía los más atrevidos proyectos, y describía el entusiasmo de los hombres, quienes se burlaban de los que, con el Gobierno, insistían en la conservación de la guerra. La Diplomacia no hacía nada, en pro ni en contra: la tendencia, generalmente, de la Diplomacia, no es otra que dar el triunfo a sus respectivos Gobiernos, no a la moral, no a los intereses humanos. Cambiar el sistema es forzoso: no debe haber falsedad, espionaje, engaño y chisme, sino la formalidad debida entre hombres, mientras sea posible defender, de este

modo, lo que es justo. Amistad, amor fingidos, constituyen Diplomacia infantil. En todo caso debe haber rebusca y aglomeración de medios, para que dichos sentimientos sean reales. Para esto, los diplomáticos deben ser hombres superiores, probados en la benevolencia y odio al egoísmo.

La agitación de las mujeres no cesaba; pero no llamaba la atención de los ministeriales, de los respetuosos por las tradiciones, de los aficionados a lo inmóvil, porque dudaron de la frivolidad del sexo débil. Nunca habían descubierto, o tratado de descubrir, el más insignificante secreto natural: no pudieron ver el tesoro de abnegación y generosidad de la mujer educada en la excelencia, en el odio a lo vicioso y a lo innoble.

CAPITULO X

RECRUDESCENCIA DE LA CONSPIRACION

En la mañana de un día nebuloso y con llovizna, habíanse reunido en casa de Isolina, cosa de sesenta Señoras, y aglomerádose en una sala reservada, donde departían en voz baja, para no ser oídas ni por los criados. Diez o veinte jovencitas, pálidas de angustia, acudieron a una azotea interior, donde unas lloraban, otras exhalaban quejas, apenas perceptibles, sin cuidarse de los atractivos de sus rostros y dejando los cabellos a merced del vientecillo. Una de las primeras decía:

— ¡Estoy muerta! . . . Parece que no hay la menor noticia acerca de las víctimas. ¿Cómo no ha de haber telegramas? ¡Virgen Santísima! Cuatro días ya del combate, y no se puede saber ni el nombre de los muertos.

— ¡Nos engañan, nos engañan!, decía otra. ¿Hasta cuándo hemos de ser víctimas del ca-

pricho de los hombres? Es necesario tomar una medida pronta y enérgica.

— Para eso han sido Uds. invitadas, dijo Isolina. ¡Que vengan las muchachas, y todas reunidas, resolveremos lo que debemos hacer!

Estas, como hemos dicho, se hallaban en una azotea, hablando, entre sollozos, de sus novios, los que habían marchado en el ejército. Fueron llamadas, y acudieron.

— Vamos por partes, dijo Isolina. Ustedes ven que la situación es gravísima. El combate ha sido reñido, ha habido muchos muertos, y no nos dicen sino que han sido soldados plebeyos: no se publican los nombres de ellos. El Congreso no dice un término, acerca de nuestro Memorial: quizá lo encarpeten, lo archiven, como cosa de poca importancia. Hemos jurado combatir a los hombres, no como a enemigos, sino en su provecho. Hemos llegado al caso de privarlos de nosotras... ¿Fugamos o no?

— ¡Sí, sí, sí! ¡Vámonos!, exclamaron casi todas.

— Pero con la resolución de no volver, añadió otra, si insisten en negarse a nuestros planes.

— En mi familia no hay un hombre que no opine con nosotras, dijo una hermana de Arturo Miranda, la Señora de Darquea.

— ¡ Bueno! Pero todas las comprometidas debemos fugar, para que el resultado sea seguro. La ciudad debe quedar sin mujeres.

— Y la fuga debe ser a una hora fija, sin que los hombres tengan la menor sospecha.

— Como nuestra ciudad es pequeña, y nosotras conocemos a todo el vecindario, fácil es que demos aviso a las Señoras que ahora no han venido.

— Lo difícil es dar con el sitio adonde cada una de nosotras deba acudir.

— Yo iré a la hacienda de mi abuelo, a dos kilómetros de aquí, y conmigo irán todas las amigas que gusten.

— Yo a la quinta de mis primas.

— Yo, y también algunas amigas, a la casa-ría donde vive la nodriza de mis hijas. La casuca es muy cómoda.

Y así se distribuyeron, en conversación que duró más de lo preciso.

— ¿ Y a qué horas se verificará la fuga?

Hubo varias opiniones contradictorias, al cabo de las cuales, la Señora de Sáenz dijo:

— Parece que cada una de nosotras ha de conocer la hora en que van los varones a sus casas. Deben, pues, sacar los menesteres precisos, con tiempo, y salir, aun cuando sea para tomar el automóvil o coche en la calle.

— Los caballeros que conocen nuestro proyecto, irán a vernos; pero conviene avisarles el sitio.

— De eso, no hay cuidado: lo sabrán, si tienen el olfato fino.

— ¿Dejaremos a nuestros esposos algo escrito, una esquelita?

Hubo otra discusión muy larga; y al fin se acordaron las siguientes frases: "Es inútil que nos busquen, si la resolución del Congreso nos es contraria. En este caso, no volveremos nunca al hogar. Si los mismos padres han de enviar a la muerte a nuestros hijos, ¿para qué tenerlos?"

— Debemos imponer una pena, dijo Isolina. Nuestra responsabilidad es muy grande, y de ella dependen particularidades de mucha trascendencia. La informal, la desleal, la débil, la que se dejare engañar y se pasare al bando de los hombres, deberá ser execrada, y su nombre publicado por la imprenta.

— ¡Muy bien, muy bien!, exclamaron todas.

— ¿Y nuestros hijos, los niñitos?, dijo una, al disolverse.

— Esta debió ser la primera idea de todas las madres, dijo Isolina. Parece inútil sacarla a colación. Cada madre ha de pensar cómo asegura a sus rapaces. El mío irá conmigo.

Cuando ya se retiraban todas las Señoritas y Señoras, Isolina recibió la siguiente eschuela de Rosita:

"Tú eres mi madre y mi todo. No te llamo al teléfono, porque no podré hablar con el llanto. Me dicen que Rafael ha muerto. No puedo obtener noticia cierta."

Isolina cayó en un sofá, con las manos en la frente. Sin perder un minuto, subió al automóvil y partió en busca de su amiga. Herido el Mayor, había sido llevado por un condiscípulo de provincia, en los colegios de la capital, a una hacienda de los páramos, cercana al campo de batalla. No se supo de él, hasta que circuló en el campamento el rumor de su muerte. Isolina había sabido los nombres de todos los muertos, y los mantenía en secreto; pero positivamente no sabía sino que había sido herido Maldonado. No dio crédito a la última noticia; pero no le fue posible infundir su duda en el ánimo de Rosa. La acompañaba a llorar, la acariciaba, le hablaba con porfía de su incertidumbre, y aún llegó a telefonar al Presidente, averiguara la verdad, en el campamento, por medio del telégrafo. Comprendió que no podía dejar a Rosa en tal angustia, y que debía regresar a prisa; la llevó al automóvil, casi en brazos, dejando a su madre consternada, y partieron.

Llovía incesantemente, y las calles estaban silenciosas: se aproximaba la hora de las sombras. Se cruzaban coches y automóviles, en donde no iban sino niños y gente de servicio, con maletas de viaje y otros utensilios: luego regresaban vacíos, y emprendían otra correría, con mujeres encubiertas. En breve, todos los hogares estaban trastornados, todavía sin conocimiento de los jefes de ellos. En algunos había hombres enfermos: no se dieron cuenta de la fuga, en sus lechos, porque eran nimiamente atendidos por sirvientas. A la entrada de la noche, iban ya llegando los padres de familia y parientes, algunos con amigos, a quienes habían invitado a comer, y se sorprendieron del silencio de las casas: las habitaciones estaban cerradas y no se hallaban sino criadas: una de ellas se acercaba con el papel consabido en la mano. Varios de los caballeros se indignaron, otros rieron, otros se apesadumbraron, con la idea de que iba a comenzar un conflicto deplorable.

El Presidente reunió en su casa a los Ministros, a Generales y a otros funcionarios elevados del Gobierno: algunos reían a carcajadas, otros se paseaban por los salones, cogitabundos o enfadados, muchos opinaban que debían obligar a las Señoras a cumplir con sus deberes: "Ellas regresarán a pedir perdón, llorando", decían otros.

— Yo creo que las dirige algún monstruo, dijo el Presidente.

— Yo creo que ese monstruo no es sino la vanagloria, que con tanta frecuencia enloquece a las mujeres, dijo uno.

Tomó la palabra un anciano:

— Contemplando con serenidad lo acaecido, dijo, debemos declarar que no todas nuestras mujeres son imbéciles, que hay muchas que piensan bien, que conocen que la historia no se compone sino de páginas de sangre, que confían en la reforma de estas costumbres inhumanas, y están convencidas de que alguno debe consagrarse a poner en práctica el remedio, aunque por ahora no se consiga hacerlo general. Si hay error en el proyecto, nosotros no debemos tratar de corregirlo, con terquedades, porfías ni amenazas. Podríamos convencerlas, eso sí, con la dulzura, siempre que nuestros argumentos fueran persuasivos; pero ¿cómo las obligamos a salir de un ámbito espacioso, donde, indudablemente, ejercen sacerdocio? ¿A qué precio dejarían de ser redentoras? ¿Y no habría redención, en aboliéndose la ley, que instituye crueldades y matanzas, ley promulgada por nosotros, no por ellas, y cuyos efectos han estremecido al mundo y le estremecen? Pueden nuestros argumentos ser persuasivos, no en contra del convencimiento que ellas tienen, sino en tratándose de algo que tenga rela-

ción con aquel convencimiento, por ejemplo, de la transferencia de la resolución de este asunto, hasta consultar oficialmente a los demás Estados, o hasta que se deje oír la voz de la opinión, por medio de la imprenta y tantos otros órganos. La suavidad, la dulzura, el amor, lo pueden todo, especialmente con la mujer, con nuestros ídolos; pero no cuando van a ejercerse contra una de las convicciones más profundas y sublimes. Vayan Uds. a decirles que se está riendo el mundo, y la contestación será el más abrumador menosprecio. ¡El aplazamiento, Señores, el aplazamiento, el aplazamiento!

Este raciocinio engendró otros y otros; pero al fin vinieron a convenir en resolverse a la transferencia, adoptada por el Poder Legislativo.

Desde la mañana del día siguiente, las moradas donde se habían ocultado las Señoras, se llenaron de hombres estimables, quienes daban la enhorabuena a sus amigas, les pronosticaban celebridad universal y la consecución de su propósito eminente. No se presentó ni uno solo de los belicosos o guerreros, por íntimo que fuera su parentesco con ellas. Los visitantes les ofrecían su influencia, su cooperación, y les hablaban de su anhelo de ir al sacrificio, si ellas lo arrostraban.

El Congreso se instaló, en medio de incertidumbres y gran curiosidad. El Secretario leyó el siguiente Mensaje del Poder Ejecutivo:

“Las Señoras nuestras compatriotas, no en obediencia a la ley, os han pedido participación en las declaratorias de guerra con potencias extranjeras, fundándose en que son la mitad del género humano, y en que, como madres, tienen más derecho que el hombre, a conservar la vida de sus hijos. Nada habeis resuelto, y ellas han abandonado sus hogares, con la resolución de no volver a ellos, ni por su voluntad, ni por la fuerza, convencidas de que su designio es apostólico, mientras vosotros no acepteis lo que han propuesto. Por el respeto que merece el bello sexo, y porque el asunto es de inmensa trascendencia, es mi parecer que debeis acceder a su pedido. No lo habeis hecho, sin duda, por consideración a serios compromisos, ora con las costumbres, ora con las leyes, de los cuales el principal es el de conocer la opinión pública, no la de nuestra patria únicamente, sino también la de las Naciones cultas. Si ésta es una razón, y de las más convincentes, vuestra respuesta debe ir fundada en ella, transfiriendo la resolución, hasta conocer la opinión, dentro y fuera de la patria.”

El Mensaje fue sometido a discusión: lo impugnó el partido liberal, fundándose en que la resolución debía ser pronta e inmediata, ya que

no debe lo bueno postergarse, dada la rapidez de la vida y la utilidad de la ley del progreso. ¿A qué viene la postergación, sino a prolongar la incertidumbre, esto es, el martirio, para que la mujer desfallezca, y se evapore su idea, tan grandiosa y luminosa? “Será promover la revolución en las mujeres, añadió el Diputado Miranda; y ella tendrá el apoyo de la mayor parte de los hombres, aun del ejército verdaderamente sano y generoso.”

El partido liberal auténtico, rechazó el Mensaje; pero, como estaba en minoría, dicho Mensaje fue aprobado.

Entonces los padres de familia, ofendidos por la huelga femenina, se trasladaron en pos de sus esposas, con la resolución del Congreso en la mano, convencidos de que les llevaban la alegría, y de que se arrepentirían y regresarían con ellos al instante. El presidente también pensó así, y partió, en unión de dos de sus íntimos amigos.

Isolina y Rosita se habían refugiado en una hermosa casa de placer de un tío de la última, situada a alguna distancia de la capital, en las proximidades de una estación de la vía férrea. Rosita era un cadáver, a pesar de su salud y robustez: no podía evitar las incesantes visitas de la imagen de su novio, por más que se esforzaba en rechazarla; y este repetido esfuerzo, contribuía a consumirla. Por eso no se sepa-

raba de ella Isolina, quien procuraba dar dirección distinta a la memoria enferma de su amiga. Rosa se escapaba, a veces, a la llanura inmensa del ruedo, hasta parajes en donde podía gritar sin que la oyeran. Ya no lloraba, porque carecía de lágrimas. ¡Cuánto había amado a aquel joven, quien apenas sospechaba el amor que había inspirado, aunque también él amaba intensamente!

Llegó el Magistrado, y entró a una de las habitaciones, en unión de sus dos compañeros. Isolina en pie, no les permitió acercarse, y les señaló asiento a los tres, frente al que ella ocupó.

— Ruégote me contestes, dijo Isolina, si tus investigaciones acerca de la herida del Mayor Maldonado, han tenido bueno o mal éxito.

— Todavía ninguno, respondió el Presidente. Tarda en contestar el Jefe de las fuerzas, preocupado con los mil asuntos públicos.

— Estamos comprometidas mis amigas y yo, dijo Isolina, con Dios, con la humanidad y con la patria, a emprender la abolición de la guerra, cuéstenos lo que nos costare, y no concluirá nuestra empresa, sino cuando concluya nuestra vida, o se verifique tal intento. Abrigamos la convicción de que nuestra obra es buena, y todavía no nos pueden sacar de ella, ni el cielo ni la tierra. Juramos no tener hijos, si éstos han de morir asesinados por sus padres, quienes los

envían a la guerra; y este juramento ha de ser cumplido por nosotras. Tendremos hijos, si no hay guerra, esto es, si se deroga la ley que la instituye, o por lo menos, si se cuenta con nosotras, cuando hayan de declararla o aceptarla.

— ¿Pero cómo una Nación tan pequeña como la nuestra, tan desconocida, tan humilde, ha de entrar en un compromiso semejante?, contestó el Presidente.

— Desde el momento en que lo adquiera, replicó Isolina, con las mejillas encendidas, dejará de ser pequeña, desconocida y humilde, y se levantará a la gloria, no a esfuerzo de los hombres, sino de las mujeres, quienes valemos más que esos pigmeos...

— ¿Cómo hablas así, Isolina?

— Sabes muy bien que estos últimos trece años, esta patria ha demostrado ser piara y no República. Un miserable la ha destruído, con la facilidad con que un niño destruye un juguete. ¿Y quién pretende reconstruirla? ¿No es la mujer la que quiere glorificarla, en lucha con la opinión de los hombres? ¿Para qué ha servido el ejército, esa excrescencia que debe desaparecer de la sociedad humana, sino para verdugo, para esbirro?

— Vendrá la reforma, no nos oponemos; pero no con tanta precipitación, no en el momen-

to. Vas a saber la última resolución del Congreso.

— Ya la sé: posterga la reforma: trata a las mujeres siempre como a niñas: nos acaricia y nos da dulces... ¡Oh, Señores! Desde ahora, ya no seremos objeto de escarnio... Una vez promulgada la ley, vendrá la opinión de las Naciones, sin que sea necesaria consulta. No ha de ser rechiffa, sino aplauso. Nuestra patria habrá dado una muestra de estimación por sí misma. Con el aplazamiento, correrá el tiempo, y nuestro designio llegará a caer en lo ridículo. ¿A Uds. les agrada que sus esposas sean calificadas de orates? .. Han dispuesto Uds. la separación... ¡Está aceptada! Lo que yo digo, será repetido por todas las mujeres de la patria. ¡Consúltenlas!

Se levantó, se irguió, con paso de reina, se acercó a una mampara, entró, la cerró y aseguró. El Presidente y sus amigos tuvieron que salir. Ya en la ciudad, fueron sabiendo, poco a poco, que la conducta de todas las esposas había sido la misma que la del Presidente. Las jóvenes, las novias, las amadas y amantes, que no eran pocas, procedieron como las experimentadas mayores; y quedó resuelta la separación absoluta de los sexos. En la Nación vecina, y casi a un mismo tiempo, acaecieron sucesos casi iguales a los que acabamos de narrar.

Los hombres se miraban a las caras; los Presidentes, los magnates, las autoridades, andaban cabizbajos y con las manos a la espalda; el Arzobispo tomaba su rapé, proyectando una pastoral, que pusiera término a un escándalo, tán impropio de una Nación tán religiosa.



CAPITULO XI

DESENLACE

Telegrafíábanse entre los Gobiernos beligerantes, con las mayores frecuencia y urgencia, dándose, uno a otro, informes de la situación a que les había traído el proyecto femenino. Ambos Presidentes habían llegado a la confianza, se comunicaban sus conflictos personales, los de sus familias, pues uno de ellos tenía muchos hijos, la extrema ansiedad en que se encontraban las familias de los otros funcionarios. Ya casi se habían desentendido de la mira humanitaria, de lo que sería el mundo en paz, del concepto que darían las más poderosas Naciones del mundo. A ellos, no puede dudarse, se les alcanzaba algo de dicho concepto, porque el telégrafo y los Plenipotenciarios les ayudaban a las diarias consultas.

Rechazado el aplazamiento por todas las Señoras, y considerando imposible someterlas, sin

violencia escandalosa, instalóse el Congreso, resuelto a reconsideraciones. Aún era tiempo, según el reglamento. No es del caso transcribir los discursos, en los cuales no hubo elevación, sino lugares comunes. Copiaremos sólo un fragmento del pronunciado por Miranda:

“Las Señoras han considerado que el Congreso ha tratado de mofarse de ellas, difiriendo la época de resolver su petición. ¡Mofarse el Congreso de las que educan a los hombres y forman el regocijo de toda su existencia! Esta es una acusación que mancilla, que envilece. El bello sexo está muy alto, y a nosotros no nos toca sino reverenciarlo. La previsión de ellas, la de que, con aplazar la resolución, el Congreso rechaza el pedimento, por ventura no es errada... ¿Pero quién es el que desea aplaudir la destrucción de los hogares, la cesación de nacimientos, la ruina de la sociedad humana, en nuestra patria? Mi voto es por la reconsideración.”

Se aprobó ésta, y se rechazó el aplazamiento, sustituyéndolo con un principio de reforma constitucional. La Comisión encargada del informe, acerca del Memorial de las Señoras, dijo, por escrito, lo siguiente:

“Las Señoras se desentienden de la ley positiva, de la civil, también de la costumbre, y fundan su argumentación únicamente en la ley natural. Como ésta es la base de las legisla-

ciones humanas, el Congreso debe prestar atención al pedimento.

“Lo que piden es una reforma, no en nuestra Constitución tan solo, mas también en las del mundo. “Hecha en la nuestra, quizá sea adoptada en todas”, dicen ellas. Es probable suceda lo primero; pero no hay la misma probabilidad, respecto de lo segundo. De seguro, resultaría un conflicto, que conduciría a nuestra patria a una singularidad nunca imaginada, la de aislarnos indefinidamente, si no nos retractamos, o de ser ofendidos por naciones malintencionadas, seguras de la impunidad. No aprobarán nuestra reforma, porque la costumbre universal está en contra.

“Al mismo tiempo hay consideraciones distintas, que vienen de la sublimidad de la idea. ¿Cómo no la adoptamos, si es en favor de la humanidad, de su conservación, de su reposo, de su alegría, de su felicidad verdadera? ¿Cómo prescindir de estos objetos, cuando son los del linaje humano en el planeta? ¿Cómo no ver la luz del Evangelio, al través del gesto y los modales femeninos, no escuchar su música en las voces; no palpar su benevolencia y caridad, en los sollozos de las damas? ¿Porqué temblamos ante la opinión humana, cuando debemos saltar por encima del infierno, para decretar un beneficio tan universal e incomparable?

“ Para unir las dos consideraciones expresadas, hemos venido en presentaros el siguiente proyecto de reformas de artículos de la Constitución, que será aprobado, conforme al reglamento:

“ Acéptase a la mujer como legisladora:

“ No se declarará, en ningún caso, guerra a Naciones extranjeras.

“ Procédase a la reforma de los artículos constitucionales, que traten de estos asuntos.”

Estallaron aplausos inusitados y profundos. Hubo un tumulto en el Congreso, cuya barra estaba más concurrida que nunca. La mujer fue declarada deidad por el pueblo, quien no cabía de júbilo. Fueron levantados en brazos por las calles, los Legisladores que defendieron la causa femenina. Las mujeres tuvieron que refugiarse, en el primer momento, en lo interior de sus casas, porque les asustaron los vítores, las alabanzas, acompañadas de lágrimas, de las infelices mujeres de la plebe. Los hombres se abrazaban, llorando algunos de ellos. Hasta los enemigos se buscaban, y el uno caía en brazos del otro, con exclamaciones de alborozo. Pronto sonaron las campanas y se adornaron los balcones con banderas. Véanse a mujeres arrodilladas en las plazas, con los semblantes bañados en lágrimas y con las manos levantadas a los cielos. Los vítores ensordecían el aire. Los esposos de las Señoras prófugas y

ocultas, volaron en automóvil a los lugares en donde ellas residían. El automóvil del Presidente no pudo adelantarse del pueblo, quien le contenía. Cuando uno y otro llegaron al edificio deseado, multitud de Señoras llenaron los balcones, por escuchar la batahola del pueblo, el que se acercó voceando y agitando en lo alto los sombreros. Entre las damas se hallaban Isolina y Rosa. Ya hemos dicho que la casa estaba en una estación de la línea férrea, cercana a la ciudad. En el convoy de aquel día, debían de llegar noticias del combate horroroso en la frontera; y por eso acudieron a esta casa, las Señoras que fugaron de su hogar y residían en hacienditas del ruedo. Al mismo tiempo que el automóvil del Presidente y la muchedumbre del pueblo, llegaban por el Norte, oíanse las pitadas de la locomotora, que se aproximaba por el Sur. Puede imaginarse la ansiedad angustiosa de las damas. Los traqueteos de los carros eran en sus corazones, el humo era respiración de las tumbas, el olor que venía de la máquina, venía de las armas mortíferas. Apareció la locomotora, y ya no pudieron las damas contenerse: después de dar un grito simultáneo, se atropellaron en la escalera y descendieron en tropel. Isolina, sin que nadie la viera, se deslizó detrás de una mampara. ¿A qué iba la infeliz, sino a presenciar escenas de agonía? Cayó en un sillón, y se deshizo en

lágrimas, tanto tiempo y con tanto esfuerzo contenidas. Su hijito era su compañero inseparable. Las Señoras tropezaron con el Presidente en la escalera; pero ni repararon en él. Salieron al camino y corrieron al convoy, que en aquel momento se paraba. El primero de los carros venía con crespones negros.

— ¡Misericordia! ¡Vienen cadáveres!, gritó una.

Cuatro cadáveres de los más distinguidos guerreros, habían sido embalsamados en el campo de batalla, y enviados a sus hogares.

Aparecieron pasajeros, muchos heridos, muchos militares, muchos practicantes y hermanas de la Caridad. Muchos nombres salían de los labios de las damas, quienes se empujaban por abrirse paso.

— ¡El General Villacorta! ¡El Coronel Cienfuegos! ¡El Comandante Vinuesa! y centenares más. Un Oficial desde el convoy, y de los recién llegados, pronunció los nombres de los cuatro cadáveres, e iba respondiendo a las incesantes voces femeninas: “¡Muerto! ¡Muerto! ¡Muerto!”, arrancando ayes de agonía a las Señoras, algunas de las cuales caían en tierra, como fulminadas por el rayo. Otras querían subir a los carros, furiosas contra la intensidad del dolor. Otras corrían a lo largo del tren, empujando al que encontraban y preguntando al que veían. Las novias, jovencitas be-

llas, empapado el rostro en llanto, sin poder contener los sollozos, agrupadas donde a nadie molestaban, permanecían en silencio, esperando que aparecieran fisonomías nuevas, escuchando la voz del Oficial, por si pronunciase algún nombre querido. Rosa apenas respiraba, en brazos de una sirvienta de Isolina. De repente, el Oficial gritó:

— ¿Se halla por ahí la Señorita Rosa Gortaire?

Oyó su nombre Rosita, levantó el semblante y se quedó mirando como loca.

— ¡Aquí está!, gritó la criada.

— ¡Que venga! ¡La llama un herido!

Rosa corrió, seguida de la criada, olvidando el pudor y empujando a la gente, subió al carro, penetró por entre los atahudes, hasta que el Oficial la tomó del brazo y la guió. Uno como cadáver, tendido en el suelo, a un lado del carro, lívido, enjuto, con una espada en la cabecera, miraba a Rosa, con gesto ya sin expresión. No pudo incorporarse.

— ¡Rosita!, dijo apenas.

Ella cayó de rodillas, estrechó contra su mejilla aquella cabeza moribunda, no articuló un término y sólo sollozaba sin descanso.

— ¡Te veo! ¡Esto es lo que quería!, dijo al fin, besándole el rostro.

Acto continuo, y manteniéndose de rodillas, preguntó al Oficial, con voz clara, si podía de-

jar al herido en la casa contigua. Se alejó el militar, y volvió en el momento, después de consultar con el Jefe: la respuesta fue afirmativa: el herido fue levantado, colocado en parihuelas y llevado. Las amigas de Rosa se precipitaron a abrazarla. Isolina había partido, a exigencias de su esposo. Era imposible transportar a la ciudad a Maldonado: el médico examinó la herida y prohibió el viaje. Ya no podía pronunciar palabra, y las miradas se iban apagando. Nada pudo hacer Rosita, sino beber en aquellos labios yertos, la última gota de la vida del hombre más amado por ella en el mundo.

— ¡ Conseguimos !, dijo Isolina a las personas que le escuchaban. Para comienzo, está bueno. Lo restante, lo resolverán los Gobiernos poderosos de todas las Naciones, por medio de una Dieta, que decrete la paz universal.

Y ahogada en llanto, concluyó su raciocinio con la frasecilla siguiente:

— ¡ Ahora lloremos a los muertos !

En breve se celebró el Tratado entre las dos Naciones, a petición simultánea de ambos Gobiernos. Dejaron a las respectivas Sociedades Geográficas el arreglo de límites; y sólo se celebró el matrimonio de Panchita Arboleda con Arturo Miranda. Los demás casamientos se aplazaron, para que se celebraran en el fondo de la tumba.

INDICE

	<u>PAGINAS</u>
DEDICATORIA.....	5
CAPITULO I	
Amenazas de guerra.....	7
CAPITULO II	
Una de las Naciones beligerantes...	17
CAPITULO III	
Principios de una conspiración.....	29
CAPITULO IV	
La conspiración.....	37

CAPITULO V

Un Memorial en el Congreso.....	51
---------------------------------	----

CAPITULO VI

El Memorial en discusión.....	67
-------------------------------	----

CAPITULO VII

Armas de los tradicionalistas.....	79
------------------------------------	----

CAPITULO VIII

Banquete. — El otro beligerante. — Combate.....	91
--	----

CAPITULO IX

Insistencia.....	103
------------------	-----

CAPITULO X

Recrudescencia de la conspiración..	115
-------------------------------------	-----

CAPITULO XI

Desenlace.....	129
----------------	-----

